

*BIOGRAFIAS Y DOCUMENTOS DE LA
EPOCA*



www.traditio-op.org

BEATO JORDAN DE SAJONIA
ESCRITOS SOBRE SANTO DOMINGO

INTRODUCCION

El Beato Jordán de Sajonia es, sin duda, una de las grandes figuras de la Orden de Predicadores. Sucedió a Santo Domingo al frente de la Orden, y ha contribuido de modo decisivo a transmitir a la posteridad numerosos datos biográficos y, sobre todo, las líneas esenciales de la fisonomía espiritual del Santo y los rasgos que caracterizan a su familia religiosa.

Parece que el lugar de nacimiento de fray Jordán de Sajonia puede ser fijado en Burgberg, cerca de Dassel, en la región alemana de Westfalia, hacia 1185. Por entonces Domingo de Guzmán estaba a punto de comenzar sus estudios en Palencia. Jordán, por el contrario, estudió en la universidad de París, iniciando su formación en torno a 1209-1210. En 1220 era ya maestro en artes y bachiller en teología.

En sus propios escritos tenemos una fuente para reconstruir algún aspecto de su biografía; entre los cronistas dominicos contemporáneos, es Gerardo de Frachet quien le dedica mayor atención, particularmente en la tercera parte de su *Vitae Fratrum*¹.

Conoció a Santo Domingo en París a principios de 1219, cuando éste visitó aquella ciudad procedente de España, a donde había ido en el verano de 1218. Jordán de Sajonia mismo dirá que se confesó con él, y por su consejo recibió el diaconado: «Vi bastantes veces y traté con familiaridad al bienaventurado Domingo; no sólo antes de entrar en la Orden, sino una vez que ingresé en ella; con él me confesé, y por deseo suyo recibí el orden del diaconado»².

¹ Dedicó la tercera parte de la obra a *fray Jordán, de santa memoria*. Cf. cap.1 - 42; ver p.442-481 de esta obra.

² *Orígenes de la Orden de Predicadores*, n.3.

Poco más tarde de conocer a Santo Domingo, Jordán de Sajonia entró en contacto con fray Reginaldo de Orleans, que había sido enviado a París desde Bolonia. Hizo promesa de entrar en la nueva Orden, y verificó efectivamente su ingreso en el convento de Santiago de París el miércoles de Ceniza de 1220, que aquel año caía el 12 de febrero. En ese mismo año fue uno de los delegados del convento de París al capítulo general que se celebró en Bolonia por Pentecostés. En el siguiente capítulo general de 1221, que también tuvo lugar en Bolonia bajo la presidencia de Santo Domingo, se dividió la Orden en *provincias*, y a Jordán de Sajonia, conventual de Santiago de París desde hacía poco más de un año, le hicieron provincial de Lombardía. No se encontraba presente en este capítulo. Se puso en camino hacia Bolonia pasando por Lausana; al llegar a su punto de destino ya no encontró al Santo Patriarca, que había muerto el 6 de agosto de 1221. En el capítulo general de París, el 22 de mayo de 1222, Jordán de Sajonia fue elegido para suceder a Santo Domingo.

La actividad y eficacia del Beato Jordán al frente de la Orden fue enorme. Podemos seguir a grandes rasgos su itinerario con motivo de los capítulos generales, que se celebraban entonces todos los años; en los años impares se reunían los capitulares en Bolonia y en los pares en París. Por motivos de enfermedad no pudo estar presente en los de 1234 y 1235. En septiembre de 1227 estuvo en Magdeburgo para presidir el primer capítulo provincial de Alemania. En octubre de 1229 estaba en Colonia, donde lloró la muerte de su entrañable amigo fray Enrique; en su ingreso en la Orden tuvo Jordán mucha parte. A fray Enrique dedicó un amplio espacio en sus *Orígenes de la Orden*, n.75-85.

En enero de 1230 encontramos al Maestro Jordán en Oxford, donde atrajo a la Orden a numerosos universitarios. Dos años antes, en 1228, celebró capítulo generalísimo o especial, que se ocupó de las Constituciones de la Orden. El 24 de mayo de 1233 asistió al solemne traslado de los restos de Santo Domingo, de una tumba humilde bajo el pavimento de la iglesia de San Nicolás de Bolonia, a un sepulcro de mármol, que no hay que confundir ni siquiera con la parte más antigua de la actual *Arca* de Santo Domingo. Jordán de Sajonia reaccionó contra una cierta dejadez que se había apoderado de algunos frailes con relación a la memoria del Santo Fundador. «Así sucedió que la gloria del Padre Santo Domingo estuvo adormecida durante casi doce años, sin venera-

ción de nadie. Permanecía escondido el tesoro y carente de utilidad; se privaba de los beneficios del cielo que otorga el Dador de todo bien». De este modo se expresa el propio Jordán en su escrito sobre los *Orígenes de la Orden* (n.123).

Con el traslado de los restos, como se especifica en el apartado relativo a la Canonización de Santo Domingo, comenzaron las gestiones para que el Papa nombrara una comisión que recibiera testificaciones juradas en torno a su vida y virtudes. Todo culminó en la bula *Fons sapientiae*, de 3 de julio de 1234, con la que Gregorio IX le inscribió en el Catálogo de los Santos. Jordán de Sajonia reflejó su alegría en una carta que escribió desde Estrasburgo a principios de agosto. La dirigió a Sor Diana de Andaló, del monasterio dominicano de Santa Inés de Bolonia, y de ella ofrecemos traducción más adelante.

Con el fin de visitar los conventos de la Orden, fray Jordán de Sajonia salió para Tierra Santa en 1236. A su regreso sufrió un naufragio frente a las costas de Siria, donde pereció ahogado el 13 de febrero de 1237. Su cuerpo, arrojado por el mar, fue sepultado en el convento que tenía la Orden en San Juan de Acre. El culto que se le venía tributando desde antiguo, fue confirmado por el papa León XII, el 10 de mayo de 1826.

El P. Angelus Walz, benemérito historiador de la Orden, y particular conocedor del Beato Jordán escribió: «De inteligencia viva, noble voluntad, corazón generoso y siempre dispuesto a la ayuda, Jordán tuvo el arte perfecto de saber tratar a los hombres y los asuntos. Más que nadie después del Fundador, plasmó el espíritu y la legislación de los Predicadores. Además, fue propagador felicísimo de la Orden, llevando las casas de treinta a trescientas y el número de frailes de alrededor de trescientos a cuatro mil. Simpatía y éxito particular halló entre los universitarios, tanto maestros como escolares. En una ocasión dio el hábito en París a sesenta estudiantes, y a otros también en Vercelli, Padua (Juan Buoncambi, Alberto Magno), en Bolonia, etc. Publicó las primeras constituciones dominicanas (ed. H. C. Scheeben, Colonia 1939); dio impulso al ministerio de la predicación en Europa, en las misiones, a la administración de los sacramentos y tuteló el derecho de sepultura en las iglesias dominicanas. Por mandato de Gregorio IX hubo de aceptar desde 1231 el nombramiento de dominicos como inquisidores en Francia, Alemania, Lombardía, Toscana, en el reino de Sicilia y en España. Relaciones espiri-

tuales y administrativas le unieron a los papas, a la reina Blanca de Francia, a obispos y pastores de almas, a doctos como Roberto Grosseteste, a maestros de París y de Bolonia, y también a almas selectas como Enrique de Colonia, las Beatas Diana y compañeras dominicas de Bolonia, a Santa Ludgarda cisterciense en Aywières, a las benedictinas de Oeren-Tréveris y otras»³.

Refiriéndonos al Beato Jordán como *escritor*, podemos afirmar que, ya antes de entrar en la Orden, compuso algún tratado. Se conserva un comentario a los dos últimos libros de las *Instituciones gramaticales* de Prisciano, titulado: *In Priscianum minorem*⁴. También existe un comentario suyo al libro del Apocalipsis⁵. Pero es quizás el *Epistolario* el que ocupa mayor espacio entre los escritos debidos a nuestro autor. El P. Angelus Walz editó en 1951 cincuenta y seis cartas⁶, y el P. Th. Kaeppli, por su parte, publicó una nueva carta en 1952; ésta iba dirigida a los frailes de la provincia de Lombardía, y la pudo escribir por los días que siguieron al traslado de las reliquias de Santo Domingo, a finales de mayo de 1233⁷.

Las destinatarias principales de las cartas del Beato Jordán fueron las hermanas dominicas del monasterio de Santa Inés de Bolonia, y en particular Sor Diana de Andaló. Sólo a ella van dirigidas cincuenta de las cincuenta y siete que se conservan⁸. Cuatro cartas están relacionadas con el monasterio de benedictinas de Oeren, cerca de Tréveris. Los destinatarios de las otras tres fueron los frailes; una al provincial de Lombardía, fray Esteban de España⁹, la segunda al prior del convento de París¹⁰ y, por último, a la provincia de Lombardía¹¹.

Atendiendo a la índole de nuestra obra, nos ha parecido

³ *Giordano di Sassonia*, en *Bibliotheca Sanctorum*, t.6 (Roma 1965), col.510-511.

⁴ Cf. Martin GRABMANN, *Der Kommentar des Sel. Jordanus von Sachsen († 1237) zum Priscianus Minor*: AFP 10 (1940) 5-19.

⁵ Cf. KAEPPELI, *Scriptores...*, t.3, p.53, n.2776.

⁶ *Beati Iordani de Saxonia Epistolae*, edidit Angelus Walz, O. P. (MOPH, t.23), Romae, Institutum Historicum Fratrum Praedicatorum (1951), XV+77 págs.

⁷ *B. Iordani de Saxonia litterae encyclicae (1233)*: AFP 22 (1952) 177-185.

⁸ Angelus WALZ, *El epistolario espiritual del Beato Jordán de Sajonia*, en *Teología Espiritual* 6 (1962) 263-276.

⁹ Ed. WALZ, MOPH, t.23, p.55-58.

¹⁰ Ed. WALZ, MOPH, t.23, p.68-69.

¹¹ Ed. KAEPPELI, AFP 22 (1952) 182-185.

conveniente ofrecer la traducción de dos cartas por referirse en ellas a Santo Domingo. La primera la escribió alrededor del 25 de mayo de 1233, y seguramente en Bolonia. Es la que envió a los frailes de la provincia de Lombardía, y que editó el P. Kaeppli en 1952. Sin duda que es un documento de especial relieve por su contenido; refleja ya tiempos de crisis, antes incluso de la canonización de Santo Domingo, y subraya los rasgos esenciales del ideal: empeño por la perfección, oración, estudio y predicación¹². La segunda carta que publicamos va dirigida a Sor Diana de Andaló, y lleva el n.43 entre las editadas por Walz¹³. Desde Estrasburgo, a principios de agosto, comentaba el hecho feliz de la canonización de Santo Domingo.

Del Beato Jordán nos han quedado también algunos *sermões* predicados en París y en Inglaterra¹⁴. Sin embargo, su obra literaria principal es la conocida con el título latino, *Libellus de principiis Ordinis Praedicatorum*. Los manuscritos que se han conservado no le dan, empero, título alguno. Puede ser considerada como la primera historia de los orígenes dominicanos. El mismo autor asegura que este escrito se lo pidieron con insistencia, y que fue precedido por una cierta recopilación de datos: «Se ha investigado hace ya tiempo y averiguado con certeza entre los mismos frailes que participaron en los momentos iniciales, y que vieron y oyeron al venerable siervo de Cristo, el Maestro Domingo»¹⁵. Jordán de Sajonia narra hechos que conoció personalmente, pero también cuanto llegó a saber por relación de los frailes más antiguos. Era un universitario con amplio conocimiento de la Orden, por el cargo que desempeñaba desde la muerte de Santo Domingo. Su estilo es ágil, plagado de expresiones bíblicas; utiliza un latín elegante, que parece anticipar de algún modo el de los *humanistas*; emplea la palabra justa y en el momento que corresponde; en algunos relatos deja entrever su fino sentido del humor. Su ancha humanidad aparece por doquier en

¹² Ver p.128-131 de la presente obra.

¹³ Cf. p.47-49. Existe una traducción castellana de las cartas del Beato Jordán: *Cartas a Diana de Andaló y a otras religiosas*. Traducción, introducción y anotaciones del P. Alejandro DEL CURA, O. P., Caleruega, Editorial OPE (1984), 125 págs. Nuestra traducción en p.131-132.

¹⁴ Cf. Th. KAEPPELI, *Un recueil de sermons prêchés à Paris et en Angleterre*. Conservé dans le ms. de Canterbury, cathedr. libr. D7 (Jourdain de Saxe O.P., Thomas de Chabham, etc.), en AFP 26 (1956) 161-191.

¹⁵ *Orígenes de la Orden de Predicadores*, n.2.

las páginas de este libro sobre los *Orígenes de la Orden de Predicadores*. En su composición le impulsó el afán por que no se perdiera la memoria de los tiempos de la Orden naciente. «No sea que los hijos que nazcan y crezcan [Sal 77,6] ignoren los inicios de su Orden, y en vano pretendan conocerlos entonces, porque, por el largo tiempo transcurrido, no encontrarán quién pueda relatar nada cierto de los comienzos»¹⁶. Al final de la obra se halla la denominada *Carta encíclica* sobre la traslación de los restos de Santo Domingo. Scheeben piensa que es un complemento de la obra, compuesto hacia 1235¹⁷. La composición del libro sobre los *Orígenes*, sin embargo, hay que situarla entre los comienzos de 1233 y finales de 1234. En 1235 hizo una segunda redacción, introduciendo algunas correcciones, que en nuestra traducción van resaltadas con letra cursiva.

Nuestra traducción está hecha a partir de la edición publicada por H. C. Scheeben en 1935¹⁸.

El Beato Jordán, finalmente, compuso una *plegaria a Santo Domingo*, que ha sido ampliamente recitada en la Orden a lo largo de la historia. A finales del siglo XIX, y tomándola de un Breviario impreso en Venecia en 1492, la editó el P. J. J. Berthier¹⁹. Scheeben, por su parte, encontró un texto mejor en un manuscrito del archivo municipal de la ciudad de Colonia, e hizo una edición del mismo en 1928²⁰. De este texto latino ofrecido por Scheeben traducimos nosotros. Como se advierte con claridad, la *Oración* del Beato Jordán a Santo Domingo toma expresiones de la *Salve Regina*, del *Te Deum*, y de alguna otra oración clásica. Su contenido, empero, refleja un profundo conocimiento del Santo y una devoción verdaderamente filial.

¹⁶ *Orígenes de la Orden de Predicadores*, n.3.

¹⁷ Cf. su introducción a la edición crítica del *Libellus*, en MOPH, t.16, p.22.

¹⁸ MOPH, t.16, p.25-88.

¹⁹ Cf. *Jordanis de Saxonia opera ad res Ordinis Praedicatorum spectantia* (Friburgi Helvetiorum 1891), p.49-51.

²⁰ *Oratio beati Iordani ad beatum Dominicum*: AOP 18 (1927-1928) 564-568.

I. ORIGENES DE LA ORDEN DE PREDICADORES

Prólogo

1. A los hijos por gracia y coherederos de la gloria [Rm 7,17], a todos los frailes, Fray Jordán, siervo inútil, salud y alegría en el seguimiento de la santa profesión.

2. Pidiéndolo con insistencia muchos frailes, deseosos de saber cómo se originó la institución de la Orden de Predicadores, mediante la cual la divina providencia salió al paso de los peligros de los últimos tiempos, y quiénes fueron los primeros frailes, cómo se multiplicaron [Hch 6,7] y fueron confortados por la gracia de Dios [2 Tm 2,1], se ha investigado hace ya tiempo y averiguado con certeza entre los mismos frailes que participaron en los momentos iniciales, y que vieron y oyeron al venerable siervo de Cristo, el maestro Domingo, fundador, maestro y hermano de esta religión; quien, viviendo en este mundo entre los pecadores, su alma piadosa se mantenía en comunión con Dios y con los ángeles; guardián de los preceptos, celoso de los consejos y servidor de su eterno Creador en todo cuanto supo y pudo. Brilló en medio de la densa oscuridad de este mundo por su inocente vida y por la práctica muy santa del celibato.

3. Así, me ha parecido bien poner por orden todas estas noticias conseguidas, aun cuando yo no haya sido en todo rigor uno de los frailes de la primera hora. Sin embargo, conviví con los primeros; vi bastantes veces y traté con familiaridad al bienaventurado Domingo, no sólo antes de entrar en la Orden, sino una vez que ingresé en ella; con él me confesé, y por deseo suyo recibí el orden del diaconado; también recibí el hábito cuatro años después de la fundación de la Orden. Me ha parecido bien, decía, poner por escrito todo aquello que he visto y oído personalmente, así como lo que he llegado a conocer por relación de los frailes más antiguos, respecto a los orígenes de la Orden, de la vida y milagros del bienaventurado Domingo, nuestro Padre, así como de algunos otros frailes, según que la ocasión los traiga a mi memoria. No sea

que los hijos que nazcan y crezcan [Sal 77,6], ignoren los inicios de su Orden, y en vano pretendan conocerlos entonces, porque, por el largo tiempo transcurrido, no encontrarán quién pueda relatar nada cierto de los comienzos. Por tanto, amadísimos en Cristo, hermanos e hijos, cuanto sigue ha sido reunido de cualquier modo para vuestra edificación y consuelo; recibidlo devotamente y arded en deseos de emular la primera caridad [Ap 2,4] de nuestros frailes.

El Obispo Diego de Osma

4. Vivía en España un hombre de vida venerable llamado Diego, obispo de la iglesia de Osma. Estaba adornado por el conocimiento de la Sagrada Escritura, así como por la nobleza de su nacimiento, pero todavía más por su relevante honestidad de costumbres. Su amor estaba tan centrado en Dios que, despreciándose a sí mismo y buscando sólo los intereses de Jesucristo [Flp 2,21], orientaba todo el esfuerzo de su espíritu y de su voluntad, para devolver al Señor con los intereses, los talentos que tenía prestados, como si se tratara de un banquero que negociaba con muchas almas [Mt 25,14-30]. Así, pues, ponía especial cuidado en indagar por doquiera se le presentara ocasión, la existencia de hombres honestos y encomiables por su conducta, para atraerlos por todos los medios a su alcance e incorporarlos a la iglesia que presidía, dándoles algún beneficio. A los súbditos que mostraban una voluntad floja para la santidad, inclinada preferentemente a lo terreno, les persuadía de palabra e invitaba con el ejemplo, a abrazar una vida más religiosa y ejemplar. Para llevarlo de alguna manera a la práctica, se propuso convencer a sus canónigos con frecuentes consejos y por medio de una exhortación constante, para que dieran su parecer favorable y aceptaran el género de vida de los canónigos regulares, bajo la regla de San Agustín. Puso tanto empeño en esto, que logró inclinar su ánimo en el sentido que él deseaba, *aun cuando algunos de entre ellos se oponían.*

Conducta de Santo Domingo durante su juventud

5. Vivió por aquel tiempo un adolescente llamado Domingo, originario de la misma diócesis [de Osma] y de la vi-

lla de Caleruega. *A su madre, antes de concebirlo, le fue mostrado en visión, que gestaba en su seno un cachorro, llevando una tea encendida en su boca; saliendo del vientre, parecía que prendía fuego a toda la tierra. Esta visión prefiguraba que concebiría a un predicador insigne, que despertaría a las almas dormidas en el pecado, con el ladrido de su doctrina sagrada, y propagaría por el mundo entero el fuego que vino a traer a la tierra el Señor Jesús*¹. Así, pues, desde los años de su infancia fue educado diligentemente por sus padres, y en especial por un tío suyo arcipreste; le instruyeron con todo esmero al modo eclesiástico, a fin de que el que había sido predestinado por Dios para convertirse en vaso de elección [Hch 9,15], desde la niñez se impregnase como vasija recién fabricada de un perfume de santidad, que no pudiera desprenderse de él en lo sucesivo.

6. Después fue enviado a Palencia para formarse en aquella ciudad en las artes liberales, cuyo estudio estaba allí en auge por entonces. Una vez que en su opinión las tuvo suficientemente asimiladas, abandonó estos estudios, como si temiera ocupar en cosas menos útiles la brevedad de la vida. Se remontó al estudio de la teología, y comenzó a quedarse completamente pasmado en contacto con la Sagrada Escritura, mucho más dulce que la miel para su paladar [Sal 118,103].

7. En estos estudios sagrados pasó cuatro años. Se dedicaba con tal avidez y constancia a agotar el agua de los arroyos de la Sagrada Escritura que, infatigable cuando se trataba de aprender, pasaba las noches casi sin dormir. La verdad que escuchaba, la guardaba en lo profundo de su mente y la retenía en su tenaz memoria. Y lo que por su talento comprendía con facilidad, lo regaba con piadosos afectos que fructificaban en obras de salvación; bienaventurado ciertamente por ello, según la sentencia de la Verdad, que afirma en el Evangelio: «Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» [Lc 11,28]. En efecto, hay dos modos de guardar la palabra de Dios: uno, reteniendo en la memoria cuanto hemos oído; otro, por el contrario, traduciendo en hechos y haciendo patente con las obras cuanto hemos escuchado. A nadie se le oculta cuál de las dos maneras de guardar la palabra de Dios es más recomendable. Del mismo modo que el grano de trigo se conserva mejor sembrado en la tierra, que almacenado en el arca [Jn 11,24].

¹ Un relato similar se encuentra en la vida segunda de San Bernardo, escrita por Alano. Cf. PL 185, col.470.

Este dichoso siervo de Dios no descuidaba ninguno de los dos modos. Su memoria, como un prontuario de la verdad de Dios, le ofrecía abundantes recursos para pasar de una cosa a otra; mientras que sus costumbres y obras traslucían con toda claridad hacia fuera, cuanto guardaba en el santuario de su corazón. Porque abrazó los mandamientos del Señor con amor tan ferviente, y escuchó la voz del Esposo con verdadera devoción y buena voluntad, el Dios de las ciencias [1 R 2,3] le acrecentó la gracia, a fin de hacerlo idóneo, no sólo para beber leche [1 Co 3,2], sino para penetrar en el arcano de las cuestiones más difíciles con la humildad de su inteligencia y de su corazón, y asimilara con suficiente facilidad las dificultades que se derivaban de tomar un alimento más sólido.

8. Desde su nacimiento fue de muy buena índole; la infancia anunciaba ya que algo grande e insigne se podía esperar de él en su etapa de madurez. No se mezcló con los que jugaban, ni se hizo compañero de los que se andaban con ligereza [Tb 3,17, *Vulgata*]. A ejemplo del apacible Jacob, evitaba las correrías sin sentido de Esaú [Gn 25,27], y no abandonaba el regazo de la madre Iglesia, ni la santa tranquilidad de la morada doméstica. En él podías contemplar a un joven y anciano a la vez; los pocos días ponían de manifiesto la infancia; la madurez de su actitud y el arraigo de sus costumbres, proclamaban la ancianidad. Rechazaba las seducciones licenciosas del mundo, caminando por sendas de rectitud [Sal 100,6]. Conservó intacta hasta el final de su vida la gloria de la virginidad, reservándola para el Señor, que ama la pureza de vida.

9. Por lo demás, el Señor, que prevé el futuro, se dignó dar a conocer ya desde su infancia, que se esperaba de este niño un porvenir insigne. En una visión apareció ante su madre como si tuviera la luna en la frente, lo que prefiguraba ciertamente que algún día sería presentado como luz de las gentes [Hch 13,47], para iluminar a los que estaban sentados en tinieblas y en sombra de muerte [Lc 1,79], como se comprobó más tarde por el desarrollo de los acontecimientos.

Conducta para con los pobres en tiempo de hambre

10. Por el tiempo en que continuaba estudiando en Palencia, se desencadenó una gran hambre por casi toda España. Entonces él, conmovido por la indigencia de los pobres y ar-

diendo en compasión hacia ellos, resolvió con un solo acto, obedecer los consejos del Señor, y reparar en cuanto podía la miseria de los pobres que morían de hambre. Vendió, pues, los libros que tenía, aunque le eran muy necesarios, *con todo su ajuar*, fundando una cierta limosna²; distribuyó y donó lo suyo a los pobres [Sal 111,9]. Con su ejemplo de piedad incitó de tal modo a los otros teólogos y maestros que, cayendo en la cuenta de su dejadez, en contraste con la generosidad del joven abundaron desde entonces en limosnas más crecidas.

Llamado a la Iglesia de Osma

11. Mientras este hombre de Dios disponía tales ascensiones en su corazón [Sal 83,6], y progresaba de virtud en virtud [Sal 83,8], logrando superarse a sí mismo diariamente a los ojos de todos, brillaba por su pureza de vida como el lucero de la mañana en medio de las tinieblas [Si 50,6]. Su fama llegó a oídos del mismo obispo de Osma, quien, averiguada diligentemente la verdad acerca de él, le llamó e hizo canónigo regular en su iglesia.

12. Al punto comenzó a brillar entre los canónigos con resplandor extraordinario; se consideraba el último por la humildad de corazón, pero era el primero en la santidad, hecho para todos perfume de vida que conduce a la vida [Si 50,6], semejante al incienso que desprende su fragancia en los días de verano [Si 50,8]. Ellos se admiraron ante tan rápida y nunca vista cumbre de perfección y le nombraron subprior, para que, colocado sobre alta atalaya, resplandeciera a la vista de todos y les estimulara con su ejemplo. Como olivo fructífero [Sal 51,10], y ciprés que se eleva en lo alto [Si 50,11], pasaba los días y las noches en la iglesia dedicado sin descanso a la oración; y, como si quisiera recuperar el tiempo dedicado a la contemplación, apenas se dejaba ver fuera del recinto monástico. Dios le había otorgado la gracia particular de llorar por los pecadores, por los desdichados y por los afligidos; sus calamidades las gestaba consigo en el santuario de su compasión, y el amor que le quemaba por dentro, salía bullendo al exterior en forma de lágrimas.

13. Era costumbre muy frecuente en él pernoctar en ora-

² El P. Vicaire cree que «fundar una limosna» significa *crear una institución*, un local de limosna. *Historia...*, p.47.

ción; cerrada la puerta, oraba a su Padre [Mt 6,6]. Algunas veces mientras oraba, solía prorrumpir en gemidos que le salían de lo hondo del corazón, así como en rugidos y gritos incontenibles [Sal 37,9]; por el contrario, emitiéndolos con fuerza, se escuchaban claramente de lejos. Hacía frecuentemente a Dios una súplica especial: que se dignara concederle la verdadera y eficaz caridad, para cuidar con interés y velar por la salvación de los hombres. Pensaba que sólo comenzaría a ser de verdad miembro de Cristo, cuando pusiera todo su empeño en desgastarse para ganar almas [1 Co 9,19], al modo cómo el Señor Jesús, Salvador de todos, se inmoló totalmente por nuestra salvación. Leyendo con aprecio un libro titulado, *Colaciones de los Padres*³, en que se trata la temática referente a los vicios y a la perfección espiritual, se esforzó en buscar con todo cuidado las sendas de la salvación y seguirlas con todo empeño. Auxiliado por la divina gracia, le condujo este libro a conseguir la difícil pureza de conciencia, así como a alcanzar mucha luz para su vida contemplativa, y a una cima encumbrada de perfección.

Viaje del Obispo de Osma a Las Marcas

14. Mientras que de este modo la hermosa Raquel le acariciaba con su abrazo, Lía, no pudiendo soportarlo, comenzó a pedirle que desterrara el oprobio de sus ojos enfermos, dándole una numerosa descendencia [Gn 29,16-35]⁴. Sucedió, pues, que en aquel tiempo, el rey Alfonso de Castilla⁵ deseaba el casamiento de su hijo Fernando con una noble de Las Marcas⁶. Por este motivo acudió al obispo de Osma,

³ Se trata de la *Collationes*, o *Conferencias de los Padres* (PL 49,477-1328). El abad Juan Casiano de Marsella († h.435), tras haber entrado en contacto con el monacato oriental, escribe un verdadero tratado de perfección que ha tenido enorme influjo en la historia de la espiritualidad. Cf. M. OLPHE-GALLIARD, *Cassien (Jean)*, en *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique*, t.II, París 1953, col.214-276.

⁴ La teología simbólica del tiempo, fundamentándose en el libro del Génesis (29, 16-35), consideraba representada la vida contemplativa en Raquel y la vida activa en Lía. El Beato Jordán quiere expresar aquí el paso que dio Domingo, de la vida eminentemente contemplativa que llevaba en Osma, como canónigo perteneciente al área de los *movimientos de vida evangélica y apostólica*, a la vida de entrega de lo contemplado por la acción apostólica.

⁵ Se trata del rey Alfonso VIII de Castilla (1188-1214).

⁶ El Beato Jordán se refiere a Dinamarca. Alfonso VIII de Castilla comisionó al obispo Diego de Osma, para que negociara el matrimonio de su hijo Fernando con una princesa de Dinamarca. El viaje tuvo lugar en 1203.

pidiéndole que hiciera de procurador en el asunto. El obispo accedió a la petición real, y, rodeándose de un distinguido acompañamiento cual correspondía a su dignidad, llevó también consigo al mencionado hombre de Dios, Domingo, subprior de su iglesia. Poniéndose en camino, llegaron a Toulouse.

15. Cuando supo que los habitantes de la región eran herejes desde hacía ya algún tiempo, comenzó a compadecerse de tantas almas engañadas miserablemente. En la misma noche en que fueron alojados en la mencionada ciudad [de Toulouse], el subprior mantuvo con calor y firmeza una larga disputa con el hospedero de la casa que era hereje. No pudiendo aquel hombre resistir la sabiduría y el espíritu con que hablaba [Hch 6,10], le recuperó para la fe, con la ayuda del Espíritu divino.

16. Dejando esta ciudad, llegaron, tras muchas fatigas, al lugar de destino donde se encontraba la joven. Expuesto el motivo de su viaje y recibida la conformidad, retornaron presurosos al rey. El obispo le comunicó el éxito de su gestión y el consentimiento de la joven. El rey, empero, estimó oportuno enviarle de nuevo con un cortejo más solemne, para que condujeran con todos los honores a la joven que había de desposarse con su hijo. Emprendido nuevamente el penoso viaje, y llegado a Las Marcas, se encontró con que en el entretanto había muerto la joven. Dios dispuso para un mayor provecho el motivo de aquel viaje, en cuanto iba a ser el origen de un matrimonio mucho más excelente entre Dios y las almas, en beneficio de toda la Iglesia; un vínculo de eterna salvación para recobrar de múltiples maneras a las almas apresadas por diversos errores y pecados [2 Co 11,2], como lo demostraron los acontecimientos que se siguieron.

Encuentro con el Papa

17. El obispo envió un mensajero al rey y, aprovechando la ocasión que se le ofrecía, se apresuró a ir con sus clérigos a la curia pontificia. Llegado ante el sumo pontífice Inocencio [III], le mostró con insistencia su deseo de que, si era posible, le concediera la gracia de aceptarle la renuncia, alegando con múltiples razones su insuficiencia, y la inmensa dignidad del ministerio, muy por encima de sus fuerzas. Reveló también al Papa que era propósito suyo muy querido, dedicarse

con todas sus fuerzas a la conversión de los *cumanos*⁷, si se dignaba admitirle la dimisión. El Pontífice no accedió a las instancias del demandante, ni siquiera quiso concederle que, reteniendo el episcopado y *en remisión de sus culpas*, le dejara ir a predicar a tierras de los *cumanos*. ¡Ocultos designios de Dios!, que había orientado los trabajos de una tal personalidad hacia otra cosecha más abundante en otro campo de salvación.

Diego de Osma toma el hábito del Císter

18. De regreso a Roma visitó Citeaux, donde observando la vida de muchos siervos de Dios, y atraído por su intensa religiosidad, se resolvió a tomar aquel hábito monacal. Tomó también en su compañía algunos monjes para aprender de ellos su forma de vida regular, y se apresuró a volver a España, ignorante todavía del obstáculo que, por voluntad divina, se opondría a sus prisas.

El Obispo de Osma aconseja a los legados papales

19. Por aquel tiempo, el papa Inocencio [III] había enviado doce abades del Císter, bajo la dirección de un legado, a predicar la fe contra los herejes albigenses. Los legados se encontraban deliberando en un concilio, al que habían acudido arzobispos y otros preladados de la región; trataban sobre el modo más fructífero de proseguir la tarea para la que habían sido enviados.

20. Entre tanto, iniciadas ya las deliberaciones, el obispo de Osma llegó a Montpellier, donde se celebraba el Concilio. Recibieron al viajero con honor y le pidieron consejo, sabiendo que era un hombre santo, maduro, justo y celoso de la fe. El, como era una persona circunspecta y conocedora de los caminos de Dios, hizo algunas preguntas sobre las prácticas rituales y conducta de los herejes. Advirtió cómo algunos atraían hacia su partido infiel por medio de exhortaciones y de la predicación, pero también con un ejemplo de santidad simulada. Dándose cuenta, por otra parte, de la gran ostenta-

⁷ El Beato Jordán hablaba en la primera redacción de su obra de los *sarracenos*. En la segunda corrige, afirmando que se trataba de los *cumanos*. Era un pueblo pagano del este de Hungría. Cf. VICAIRE, *Historia...*, p.95.

ción de que hacían gala los misioneros, sus cuantiosos gastos, y la pompa en caballos y vestimenta, exclamó: «No es así, hermanos, no es así, como estimo que debéis proceder. Me parece imposible que se pueda hacer volver a estos hombres a la fe sólo con palabras, cuando ellos se apoyan preferentemente en el ejemplo. Fijaos en los herejes; bajo apariencia de verdad y engañando con ejemplos de mesura y austeridad evangélicas, inducen a la gente sencilla a seguir sus caminos. Por lo cual, si vosotros dais un ejemplo contrario, edificaréis poco, destruiréis mucho, y no os creerán en modo alguno. Un clavo se saca con otro clavo; a una santidad fingida, ponedla en fuga con la verdadera virtud; porque la soberbia de los pseudoapóstoles se vence sólo con una humildad manifiesta. Así Pablo se vio obligado a hacer el necio [2 Co 12,11; 11,16-33], enumerando sus verdaderas virtudes, y recordando las privaciones y peligros por que había pasado, para demostrar la falsa arrogancia de los que se vanagloriaban del mérito de su vida». Los reunidos le preguntaron: «¿Qué nos aconsejas, pues, buen Padre?» El les respondió: «Haced lo que me veáis hacer». En seguida, posesionándose de él el Espíritu del Señor [1 R 10,10], llamó a los suyos y los envió a Osma, con las cabalgaduras, equipaje y séquito, reteniendo consigo a unos pocos clérigos. Manifestó que era su propósito detenerse en aquella región para propagar la fe.

21. Retuvo también consigo al subprior, Domingo, a quien estimaba grandemente y le unía un intenso amor de caridad. Este es fray Domingo, fundador y fraile de la Orden de Predicadores, que, a partir de este momento comenzó a llamarse, no subprior, sino fray Domingo. Y era verdaderamente Domingo, es decir, custodiado por el Señor, limpio de pecado; verdaderamente Domingo, pues guardaba con todas sus fuerzas la voluntad del Señor.

22. Una vez que los abades misioneros escucharon este consejo, animados por el ejemplo, decidieron también ellos intentar algo similar, enviando cada uno a sus casas lo que habían traído consigo, y quedándose únicamente con los libros necesarios para la recitación de las horas canónicas, el estudio y las controversias. Tenían al mencionado obispo [Diego de Osma] como superior y, por así decir, jefe de toda la empresa apostólica. Comenzaron a predicar la fe, caminando a pie, sin dinero, en pobreza voluntaria. Cuando advirtieron esto los herejes, también ellos se decidieron a predicar con mayor ahínco, desde sus posiciones contrarias.

23. En Pamiers, Lavaur, Montreal y Fanjeaux, se organizaron con frecuencia controversias, presididas por jueces designados al efecto. En los días señalados, acudían a ellas grandes señores, caballeros, mujeres, y poblaciones, para asistir a la discusión de fe.

24. Aconteció, pues, que determinaron celebrar una famosa controversia en Fanjeaux, a la que fue convocada una multitud de gente, así fieles, como infieles. Entre tanto, la mayor parte de los defensores de la fe habían escrito sus opúsculos, conteniendo argumentos de razón y de autoridad para la confirmación de la verdadera fe. Una vez examinados todos, fue preferido a los demás el opúsculo escrito por el bienaventurado Domingo. Recibió una aprobación general para presentarlo, junto con el opúsculo escrito en su defensa por los herejes, al examen de tres árbitros elegidos con el consentimiento de las partes para dar sentencia. El escrito que fuera juzgado más convincente por los árbitros, determinaría cuál de las dos creencias era más excelente.

25. Y como, tras larga discusión, los árbitros no llegaron a ponerse de acuerdo en favor de ninguna de las dos partes, se les ocurrió la propuesta de que fueran arrojados al fuego ambos escritos y, si sucediera que uno de ellos no se quemaba, aquél, sin duda, contendría la verdadera fe. Se hizo al efecto una gran hoguera y arrojaron a ella ambos libros. El libro de los herejes se quemó al momento; el otro, sin embargo, que lo había escrito el hombre de Dios Domingo, no sólo resultó ileso, sino que, a la vista de todos, saltó de las llamas, yendo a parar a un lugar distante. Echado de nuevo una segunda y tercera vez, otras tantas fue rechazado, despedido hacia lo alto, manifestando así con claridad la verdad de la fe que contenía, y la santidad de su autor.

26. Por otra parte, en el hombre de Dios, el obispo Diego resplandecía en tal grado la virtud, que se ganó el afecto de los mismos herejes y se introdujo en el corazón de todos cuantos le trataban. De ahí que dijeran de él los herejes que era imposible que semejante personalidad no estuviera predestinada para la vida, y que, quizás por este motivo, había sido encaminado hacia aquellas tierras para que aprendiera de ellos los preceptos de la verdadera fe.

Fundación del monasterio de Prulla

27. [El obispo Diego] instituyó un monasterio con el fin de recoger en él algunas mujeres nobles que, por motivos de pobreza, eran entregadas por sus padres a los herejes, para que las educaran y se preocuparan de su manutención. El monasterio estaba situado entre Fanjeaux y Montreal, en el lugar denominado Prulla. Hasta el día de hoy las siervas de Cristo ofrecen allí un culto agradable a su Creador, con una santidad vigorosa, y preclara pureza de inocencia. Llevan una vida provechosa para sí, ejemplar para los hombres, motivo de júbilo para los ángeles y grata a Dios.

Vuelta a España y muerte del Obispo de Osma

28. El obispo Diego permaneció dos años dedicado a este ministerio de la predicación. Al término de los cuales, y temiendo que quizá podía ser acusado de negligencia para con su iglesia doméstica de Osma, si prolongaba por más tiempo su estancia, determinó volverse a España. Se proponía, una vez cumplida la visita a su iglesia, recoger allí algún dinero para acabar la construcción del mencionado monasterio femenino, y volver. Finalmente, con el consentimiento del Papa, distribuiría por aquellas tierras hombres idóneos para la predicación, cuya misión sería la de disipar constantemente los errores de los herejes, y no descuidar la defensa de la verdadera fe.

29. En cuanto a lo espiritual [el obispo Diego] dejó al frente de los que permanecieron allí a fray Domingo, como verdaderamente lleno del Espíritu de Dios; sobre lo temporal, sin embargo, nombró a Guillermo Claret, de Pamiers, pero con la obligación de dar cuenta de todo lo que hiciera a fray Domingo.

30. Diciendo adiós a los hermanos, atravesó a pie Castilla y llegó a Osma. A los pocos días fue atacado por una enfermedad y, llegado a su término, acabó la vida presente tras alcanzar un alto grado de santidad. Recibió un fruto de gloria por sus trabajos, y bajando al sepulcro con abundancia de buenas obras [Jb 5,26], entró en el descanso de la gran riqueza. Se dice también de él que después de su muerte ha brillado en milagros. No es de admirar que sea poderoso ante Dios omnipotente para obrar prodigios, el que cuando todavía

vivía entre los hombres, en esta morada de debilidad y lágrimas, fue tan favorecido con gracias insignes y resplandecía por su acendrada virtud.

Marcha de los misioneros enviados por el Papa a los albigenses

31. Cuando se supo la noticia de la muerte del hombre de Dios [Diego de Osma], los que permanecían en la región de Toulouse volvieron a sus casas. Fray Domingo, sin embargo, se quedó allí solo, continuando la predicación. Aun cuando le seguían a veces algunos, no le tenían como superior. Entre aquellos seguidores se contaba el mencionado Guillermo Claret, y un cierto fray Domingo, español, que más tarde fue prior de Madrid, en España.

Predicación de la Cruzada contra los albigenses

32. Después de la muerte del obispo de Osma se comenzó a predicar en Francia una cruzada contra los albigenses. Indignado el papa Inocencio [III] porque no podía calmar la rebelión de los herejes con la dulzura de la verdad, ni cortarla con la espada espiritual, que es la palabra de Dios, determinó atacarles también con el poder de la espada material.

33. Todavía en vida, el obispo Diego había predicho este castigo de la espada secular; lo hizo con una imprecación profética. Pues un día impugnaba en público y ante muchos nobles la rebelión de los herejes. Ellos, burlándose, defendieron a los revolucionarios con excusas sacrílegas. Indignado el obispo, levantó las manos al cielo y dijo: «Señor, extiende tu mano y castígalos» [Jb 2,5]. Quienes oyeron estas palabras comprendieron después que habían sido inspiradas, pues quedaron aclaradas por lo menos al producirse esta persecución.

Injurias recibidas de los albigenses

34. Durante el tiempo en que estuvieron allí los cruzados y hasta la muerte del conde de Montfort [25 de junio de 1218], permaneció fray Domingo en su tarea de predicador solícito de la palabra de Dios. ¡Cuántas injurias sufrió en

aquellos días de parte de los malvados! ¡Cuántas asechanzas tuvo que despreciar! Cuando en alguna ocasión le amenazaban de muerte, respondía imperturbable: «No soy digno de la gloria del martirio; no he merecido todavía este género de muerte». Después, cuando pasaba por algún lugar en el que sospechaba que le habían tendido alguna emboscada, lo recorría alegre y cantando. Cuando se lo contaron a los herejes, éstos, admirados de una tal firmeza de ánimo, le dijeron: «¿No te horroriza la muerte? ¿Qué harías si te apresáramos?» El replicó: «Os rogaría que no me matarais inmediatamente, infligiéndome golpes mortales, sino que prolongarais el martirio con una sucesiva amputación de mis miembros. Después, poniendo ante mi vista los trozos de los miembros cortados, os pediría que me arrancarais los ojos, y dejarais así el tronco bañado en sangre, o, por el contrario, lo destruirais por completo; así, con una muerte más prolongada recibiría una más alta corona de martirio». Los enemigos se quedaron atónitos ante estas palabras plenamente sinceras, y de allí en adelante no le tendieron más emboscadas, ni acecharon contra el alma del justo [Sal 93,21] porque, con la muerte, lejos de perjudicarlo, le beneficiaban. Con todas sus energías, y con un celo ardentísimo, se preocupaba de la salvación de las almas a fin de poder ganarlas para Cristo [1 Co 9,19-21]; albergaba en su corazón una admirable y casi increíble ambición por la salvación de todos.

Se quiere vender a sí mismo para ayudar a una cierta persona

35. No le faltaba ciertamente la virtud de la caridad, por nadie poseída en mayor grado, que por aquél que da la vida por sus amigos [Jn 15,13]. En cierta ocasión invitaba con piadosas exhortaciones a un hereje para que volviera al regazo verdadero de la madre Iglesia. Este invocó en su respuesta la necesidad material que le obligaba a permanecer en el grupo de los infieles, pues los herejes corrían con sus gastos imprescindibles, y ese pago no lo podía esperar de otra parte. Al momento, compadecido desde lo más íntimo de su corazón, determinó venderse a sí mismo, y, a precio de su libertad, redimir la pobreza de un alma en peligro. Lo hubiera hecho, si el Señor, que es rico para con todos, no le saliera al paso de otro modo para remediar la indigencia de aquel hombre.

36. La virtud y la fama del siervo de Dios Domingo, iban en aumento, y esto provocaba la envidia de los herejes. Cuanto mejor era él, tanto peor podían soportar sus ojos enfermos los rayos de luz con que resplandecía su vida. Se reían de él y se mofaban de sus seguidores [Jr 20,7], descubriendo la maldad que guardaban en el perverso tesoro de su corazón [Mt 12,35]. Pero ante las burlas de los infieles, se congratulaban con él los fieles devotos, y todos los católicos le veneraban con gran aprecio. Su santidad atractiva y la belleza de sus costumbres, conquistaban también el corazón de los grandes señores; los arzobispos, obispos y otros preladados de aquella región le tenían por muy digno de honor.

37. El conde de Montfort, que le ayudaba con una devoción especial, le regaló con el consentimiento de los suyos, un importante castillo, llamado Casseneuil; se lo dio para él y para los colaboradores que le ayudaran en el ministerio emprendido de salvación. Fray Domingo tenía, además, la iglesia de Fanjeaux y algunas otras posesiones, de las cuales podía recibir sustento para sí y sus acompañantes. *Pero pasaban a las monjas de Prulla todo aquello de lo que se podían privar, procedente de estas rentas.* No se había fundado todavía la Orden de Predicadores; se había tratado sólo de su institución, aun cuando fray Domingo se daba de lleno al ministerio de la predicación. No se observaba todavía aquella constitución que fue promulgada más tarde, según la cual no les estaba permitido recibir posesiones, ni retener las recibidas. Así, pues, desde la muerte del obispo de Osma hasta el concilio de Letrán, transcurrieron aproximadamente diez años, durante los cuales permaneció fray Domingo prácticamente solo en la región.

Los dos primeros frailes que se ofrecieron a fray Domingo

38. Llegado el tiempo en que los obispos comenzaban a viajar a Roma para la celebración del concilio de Letrán, se ofrecieron a fray Domingo dos personas de la ciudad de Toulouse, honradas y de valía. Uno de aquellos fue fray Pedro Seila, más tarde prior de Limoges; el otro, fray Tomás, hombre muy agradable y con facilidad de palabra. El primero, fray Pedro, entregó a fray Domingo y a sus compañeros unas casas altas y de noble fábrica que poseía en Toulouse, junto a la fortaleza Narbonense. Desde entonces comenzaron a habi-

tar por primera vez en Toulouse, hospedándose en aquellas casas. También desde este momento todos los que le acompañaban emprendieron más y más el descenso de las gradas de la humildad, y comenzaron a conformar su tipo de vida con el de los religiosos.

De las rentas con que al principio atendían a su alimentación y demás cosas necesarias

39. El obispo de Toulouse Fulco, de feliz memoria, que amaba con gran ternura al amado de Dios y de los hombres [Si 45,1] fray Domingo, contemplando el tenor de vida religiosa de los frailes, a la par que su destreza y fervor en la predicación, se alegró vivamente del nacimiento de aquella nueva luz. Con el consentimiento de todo su cabildo les concedió la sexta parte de los diezmos de su diócesis, para que con tales recursos pudieran proveerse de libros y del sustento necesario.

El maestro Domingo, con el obispo de Toulouse, visita al Papa

40. Fray Domingo se incorporó al obispo Fulco para ir juntos al concilio, y exponer al Papa Inocencio [III] el común deseo de que confirmara la Orden de fray Domingo y sus compañeros, que se debía llamar y ser en verdad de Predicadores. Suplicarían también al Papa que confirmara las mencionadas rentas, tanto las otorgadas a los frailes por el conde de Montfort, como por el propio obispo.

41. El Romano Pontífice escuchó la súplica que le hicieron, y animó a fray Domingo a que volviera a sus frailes para tener con ellos una cumplida deliberación. Debían elegir con el consentimiento unánime de todos alguna de las reglas ya aprobadas. *Después, el obispo les asignaría una iglesia* y, cumplidos estos requisitos, volvería al Papa para recibir la aprobación de todo.

42. De regreso a Toulouse tras la celebración del concilio, manifestaron a los frailes la respuesta del Papa. Los futuros Predicadores eligieron en seguida la regla de San Agustín, egregio predicador, imponiéndose algunas otras observancias más estrictas, relativas a comidas, ayunos, lechos y uso

de vestidos de lana. También se propuso y finalmente se estableció, que no tendrían posesiones, para no entorpecer el ministerio de la predicación con la solitud de las cosas materiales; sólo las rentas *accedieron a mantener todavía*.

43. El obispo de *Toulouse*, por su parte, les asignó *tres* iglesias, *con el consentimiento de su cabildo*; una dentro de la ciudad, otra en la villa de Pamiers, y la tercera entre Sorèze y Puy-laurens, a saber, la iglesia de Santa María de Lescure. En cada una de ellas se debía establecer un convento prioral.

La primera iglesia concedida a los frailes en Toulouse

44. En el verano del año del Señor 1216, se dio a los frailes la primera iglesia en la ciudad de Toulouse, fundada en honor de San Román. En las otras dos iglesias no llegó a habitar ningún fraile. Contiguo a la iglesia de San Román se edificó de inmediato el claustro, con un piso de celdas suficientemente aptas para dormir y estudiar. Eran entonces *alrededor* de dieciséis frailes.

Muerte del Papa Inocencio [III] y elección del Papa Honorio [III]. Confirmación de la Orden

45. Entre tanto murió el Papa Inocencio [III] y fue elegido como sucesor Honorio [III]. Fray Domingo fue en seguida a verle y, en conformidad con el plan y organización ideado, obtuvo plenamente y en todo la confirmación de la Orden, consiguiendo, asimismo, todo lo demás que deseaba.

Muerte del conde de Montfort, prevista por el maestro Domingo

46. En el año del Señor 1217 las gentes de Toulouse decidieron alzarse contra el conde de Montfort. Parece que el hombre de Dios, Domingo, tuvo algún conocimiento de ello por vía sobrenatural antes de que acaeciese. Le fue mostrado en visión un árbol majestuoso y atractivo, en cuyo ramaje anidaban muchas aves. Se derrumbó el árbol y los pájaros que se cobijaban en él huyeron. Lleno del Espíritu de Dios, comprendió fray Domingo que un peligro inminente de

muerte amenazaba al conde de Montfort, aquel grande y eminente príncipe, protector de muchas personas humildes.

47. Invocando el Espíritu Santo y reunidos los frailes, les dijo [fray Domingo] que había decidido en lo íntimo de su corazón enviarles a todos por el mundo, aunque fueran pocos; en lo sucesivo ya no morarían allí juntos. Se admiraron todos al manifestarles decisión tan categórica, fraguada con tal rapidez. Pero como les anima una indudable sumisión a la autoridad que le daba su vida santa, asintieron con facilidad, confiando en que todo conduciría a buen fin.

48. Pareció bien a fray Domingo que eligieran un fraile como abad, con autoridad sobre los demás, en calidad de superior o jefe. El, empero, se reservó el derecho de corregirle. El elegido canónicamente como abad fue fray Mateo. Fue el primero y el último que se denominó abad en la Orden, ya que después, para subrayar la humildad, pareció bien a los frailes que el que presidiera no se llamase abad, sino Maestro de la Orden.

Frailes enviados a España

49. Fueron, por tanto, destinados cuatro frailes a España: fray Pedro de Madrid, fray Gómez, fray Miguel de Ucerro y fray Domingo. Estos dos últimos serían después enviados por el Maestro Domingo, de Roma, a donde habían ido tras su estancia en España, a Bolonia, en cuya ciudad permanecerían. No habían podido cosechar en España los frutos que deseaban; los otros dos, sin embargo, obtenían abundantes resultados, y sembraban la palabra de Dios. Este fray Domingo era un hombre destacado por su humildad, modesto en ciencia, pero magnífico en virtud, acerca del cual no parecerá inútil recordar brevemente alguna cosa.

Cómo cierto fray Domingo venció la tentación de una mujer

50. En determinada ocasión fue urdido un plan, con el conocimiento quizá de algunos rivales, para que se acercara a él una mujer, con el pretexto de pedir confesión; era una desvergonzada meretriz, instrumento de Satanás, escollo de casti-

dad y tea de vicios. Le habló de esta manera: «Estoy tremendamente angustiada y consumida de amor; me abrasa la pasión, pero por desgracia, aquél a quien amo no me conoce, y aunque me conociera, es posible que no me juzgara digna de él. Este amor se ha apoderado irremediabilmente de mi corazón. Te ruego que me aconsejes, ofrece algún remedio a esta persona que perece; puedes hacerlo». Como la meretriz trataba de seducir al inocente con semejantes discursos llenos de ponzoña y rebuscados, las provechosas exhortaciones que le dirigía el fraile no lograban desviar su propósito; éste trató de conocer la persona y el motivo del peligro. Ella le descubrió que la causa de su encendida pasión estaba en él mismo. «Vete ahora —le dijo—, y regresa dentro de un poco; prepararé un lugar donde podamos encontrarnos convenientemente». Y entrando en la habitación preparó dos fuegos separados, aunque cercanos entre sí; llegada la mujerzuela se arrojó en medio del fuego, invitándola a que se acercara. «He aquí —le decía— el lugar apropiado para tal maldad; ven si te agrada y juntémonos». Ella quedó horrorizada al ver a un hombre arrojarse al fuego sin temor alguno y quedar envuelto en llamas; lanzando un grito de arrepentimiento, se marchó. El se levantó indemne, sin que ni el fuego material, ni la seducción para quebrantar la castidad, pudieran dominarle.

Los primeros frailes enviados a París

51. Fueron también enviados a París, fray Mateo, el que había sido elegido abad, con fray Bertrán, que después fue prior provincial de Provenza, hombre muy santo y de un rigor inexorable para consigo mismo; mortificaba con mucha dureza su cuerpo, y había aprendido a fondo muy numerosas lecciones del Maestro Domingo, que era para él modelo y ejemplar; fue también algunas veces su compañero de camino. Ambos —venía diciendo—, fueron enviados a París con letras de presentación del Sumo Pontífice, con el objeto de dar a conocer allí la Orden. Les acompañaron otros dos frailes para que realizaran sus estudios, a saber, fray Juan de Navarra y fray Lorenzo de Inglaterra. A este último —tal como relató con anterioridad, y los acontecimientos vinieron a confirmar—, antes de que llegaran a París el Señor le reveló muchas cosas que acaecieron después a los frailes en aquella ciudad; por ejemplo, las características y situación de su casa, y

la recepción [en la Orden] de muchos frailes. Aparte de los mencionados, fueron también a París: fray Mamés, hermano uterino del Maestro Domingo, fray Miguel de España, con un cooperador normando llamado Oderico.

52. Todos estos fueron enviados a París, pero los tres últimos se dieron más prisa y llegaron antes, haciendo su entrada en la ciudad el 12 de septiembre [de 1217]. Después de tres semanas llegaron los demás mencionados. Alquilaron una casa junto al hospital de Santa María Virgen, ante la entrada del palacio del obispo de París.

La casa de Santiago, concedida a los frailes de París

53. En el año del Señor 1218, los frailes recibieron la casa de Santiago en virtud de una donación, aunque todavía no definitiva, del Maestro Juan, deán de San Quintín, y de la universidad de París. La donación se hizo a petición del papa Honorio [III]. La comenzaron a habitar el 6 de Agosto [de 1218].

Primeros frailes enviados a Orleáns

54. En el mismo año fueron enviados a Orleáns algunos frailes jóvenes y sencillos; como si se tratara de una pequeña semilla, vinieron a ser con el tiempo el principio de una cosecha abundante.

Primeros frailes enviados a Bolonia

55. A principios del año 1218 el Maestro Domingo envió frailes desde Roma a Bolonia, a saber, a fray Juan de Navarra y a fray Bertrán, y más tarde a fray Cristián, con un hermano cooperador; establecidos ya en Bolonia, sufrieron una gran penuria económica.

Recepción milagrosa en la Orden del Maestro Reginaldo, llevada a cabo por el Maestro Domingo en Roma

56. En el mismo año [1218], encontrándose el Maestro Domingo en Roma, llegó a esta ciudad el Maestro Reginaldo, deán de San Aniano de Orleáns, con el propósito de embarcarse⁸. Era un hombre que gozaba de gran estima, docto e ilustre; había regentado durante cinco años la cátedra de derecho canónico en la universidad de París. Al llegar a Roma contrajo una grave enfermedad. El Maestro Domingo le visitó algunas veces; y cuando le exhortó a abrazar la pobreza de Cristo y a entrar en su Orden, obtuvo de él libre y pleno consentimiento, obligándose incluso por voto.

57. Prácticamente desahuciado, se vio, no obstante, libre de su grave enfermedad, aunque no sin la intervención del Señor por medio de un milagro. Efectivamente, en plena fiebre abrasadora, se le hizo visible la Reina del cielo y Madre de misericordia, la Virgen María; le ungió con el saludable unguento que traía consigo: ojos, nariz, oídos, boca, vientre, manos y pies, mientras decía: «Unjo tus pies con oleo santo para prepararlos al anuncio del Evangelio de la paz». Le mostró, además, el hábito completo de nuestra Orden. Sanó al instante, y su restablecimiento fue tan súbito y completo, que los médicos, al ver los síntomas evidentes de su salud, quedaron admirados, pues ya casi desesperaban de su curación. El Maestro Domingo dio a conocer después este famoso milagro a muchas personas que aún hoy lo testifican. Y yo mismo estuve presente cuando se lo refirió a varios en París, en una conferencia espiritual.

De cómo el Maestro Reginaldo se embarcó y, predicando en Bolonia a la vuelta, recibió a muchos en la Orden

58. Recobrada, pues, la salud, el Maestro Reginaldo cumplió con su proyecto de embarcarse, aunque se había obligado ya a la Orden por medio de la profesión. De regreso vino a Bolonia, el 21 de diciembre [de 1218], y comenzó en seguida a entregarse de lleno a la predicación. Su elocuencia [Sal 118,140] y su palabra era todo fuego [Eccli 48,1] que in-

⁸ Seguramente se trataba de hacer una peregrinación a Tierra Santa.

flamaba los corazones de los oyentes; apenas se encontraba nadie de corazón tan endurecido, que fuera refractario a su calor [Sal 18,5]. Bolonia entera vibraba entonces de fervor, pues parecía haber surgido un nuevo Elías. Por aquellos días recibió en la Orden a muchos boloñeses, y el número de discípulos comenzó a aumentar al añadirseles muchos [1 M 2,43].

Viaje del Maestro Domingo a España y su regreso

59. En el mismo año [1218] el Maestro Domingo marchó a España y allí fundó dos casas, una en Madrid, que ahora es de monjas⁹, y otra en Segovia, que fue la primera casa de frailes en España¹⁰. De regreso, se dirigió a París, en el año del Señor 1219, encontrándose con una comunidad de cerca de treinta frailes.

60. En esta última ciudad se detuvo muy poco tiempo, encaminándose después a Bolonia; encontró en el convento contiguo a la iglesia de San Nicolás una gran comunidad de frailes, cuidados con diligencia por fray Reginaldo bajo la regla de Cristo. A su llegada todos le recibieron con alegría, reverenciándole como a padre. Quedándose entre ellos, cuidaba de su nueva plantación todavía en su estadio de infancia, valiéndose de exhortaciones espirituales y del ejemplo de su vida.

Envía al Maestro Reginaldo a París

61. [El Maestro Domingo] trasladó entonces a fray Reginaldo a París, no sin grave desolación de sus hijos, recientemente engendrados en Cristo por el Evangelio [1 Co 4,15]. Lloraban porque se les apartaba con tanta presteza de los piadosos pechos de la madre a la que estaban acostumbrados.

⁹ En este viaje Santo Domingo pasó por Guadalajara (FERRANDO, *Narración...*, n.40); también estuvo con el arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada en Talamanca, cerca de Alcalá. Jiménez de Rada le hizo donación de una casa en Brihuega (cf. Documentos Diplomáticos, n.11 de la presente obra). Se conserva una carta que dirigió Santo Domingo a las monjas de Madrid. Ver p.782-783.

¹⁰ En Segovia estuvo Santo Domingo por Navidad de 1218, cuando consiguió del Señor el beneficio de la lluvia en tiempo de una gran sequía. Los agricultores aún no habían podido sembrar. Cf. FRACHET, *Vidas de los Hermanos*, IIª parte, cap. 6, p.417-418.

62. Pero todo esto se llevaba a cabo en virtud de una inspiración divina. Por lo demás, era algo maravilloso ver cómo el siervo de Dios, Maestro Domingo, cuando enviaba a sus frailes de aquí para allá por las diversas partes de la Iglesia de Dios, como se ha recordado más arriba, lo hacía plenamente confiado, sin titubear, aunque tal vez a otros les pareciera que no había que obrar así; como si estuviera cierto del acontecer futuro, o como si el Espíritu se lo hubiera manifestado por revelación. ¿Quién se atreverá a negar esto? Al inicio tenía consigo pocos frailes, sencillos en su mayor parte y escasamente instruidos. Los dispersaba enviándolos por las diócesis, de tal modo que los hijos de este mundo, juzgando según su prudencia, opinaban que, lejos de consolidar una obra grande, arruinaba la comenzada. A los enviados les ayudaba con su oración, y la fuerza del Señor se encargaba de multiplicarlos.

Llegada del Maestro Reginaldo a París y su muerte

63. Fray Reginaldo, de santa memoria fue, pues, a París y con fervor incansable no cesaba de predicar, de palabra y obra, a Cristo Jesús, a éste crucificado [1 Co 1,23]. Pero pronto lo arrebató Dios de esta tierra y, alcanzando en breve la perfección, llenó largos años [Sb 4,13]. En fin, poco tiempo después cayó enfermo, y conducido hasta la muerte del cuerpo, se durmió en el Señor, dirigiéndose a poseer las riquezas de gloria de la casa de Dios, él, que en vida, se había mostrado siempre amante decidido de la pobreza y la humildad. Fue sepultado en la iglesia de Santa María des Champs, porque no tenían todavía los frailes lugar de sepultura.

Respuesta del Maestro Reginaldo sobre la alegría que experimentaba en la Orden

64. Me viene ahora a la memoria que, cuando todavía vivía [fray Reginaldo], fray Mateo, que le había conocido en el mundo rodeado de honores y comodidad, le preguntó en cierta ocasión, admirado: «Maestro, ¿os pesa haber tomado este hábito?». El, bajando la cabeza, respondió: «No creo haber merecido nada en nuestra Orden, porque me he encontrado siempre demasiado a gusto en ella».

De cierta visión consiguiente a su muerte

65. La misma noche en que el alma de este hombre santo voló al Señor, tuve una visión. Todavía no era yo fraile por el hábito, pero sí había emitido ya mi profesión en sus manos. Veía que los frailes eran transportados en una embarcación por en medio del agua. Después se hundía la nave, pero ellos salían sanos y salvos. Estimo que esta nave representaba al mismo fray Reginaldo, a quien los frailes en aquel tiempo consideraban en verdad como a su tutor.

Otra visión

66. Otra persona tuvo igualmente una visión, antes de la muerte de fray Reginaldo. Veía como si se cegara el manantial de una fuente límpida, pero surtían al punto otros dos manantiales para reemplazarla. No me atrevo a interpretar si tal visión contenía algo de verdad, consciente como soy de mi propia inutilidad. Sin embargo, de una cosa estoy cierto, y es que fray Reginaldo recibió solamente a dos a la profesión de la Orden en París. Yo fui el primero, y el otro fray Enrique, que sería después prior de Colonia. Pienso que éste fue para mí el más querido en Cristo entre todos los mortales; verdadero vaso de honor y de gracia, hasta el punto que no recuerdo haber conocido en esta vida una criatura más agradada. Puesto que llegado a una madurez precoz se apresuró a entrar en el descanso del Señor, no será inútil recordar sus muchas virtudes.

De Fray Enrique; cómo y dónde se educó

67. Fray Enrique, nacido de buena familia en la estimación del mundo, era canónigo de la iglesia de Maestricht¹¹. Desde su infancia fue educado con toda diligencia en la disciplina y el temor del Señor por un canónigo de aquella iglesia, hombre santo y muy religioso. Pues como este hombre bueno y justo, crucificando su carne, pisoteara las seducciones del mundo malvado y abundara en muchas obras de piedad,

¹¹ Maestricht es hoy una ciudad de Holanda, capital de la provincia de Limburgo, a orillas del Mosa. Los romanos la llamaron *Trajectum ad Mosam*. Hasta finales del s. XVIII hubo allí una colegiata.

acertó a moldear el tierno ánimo de aquel adolescente en todo tipo de virtud, haciéndole lavar los pies a los pobres, frecuentar la iglesia, tener horror al vicio, despreciar el lujo y amar la castidad. El, siendo como era de muy buena índole, se mostró plenamente dócil a esta educación y pronto a la virtud. Así, creciendo en edad, crecía a la vez en buenas costumbres, hasta el punto de que si tratabas con él, le tenías por un ángel, y pensabas que poseía una honestidad casi innata.

68. Pasado el tiempo, vino a París y se consagró al momento al estudio de la teología. Tenía un ingenio natural muy agudo y una mente ordenadísima. Se unió a mí en la casa de hospedaje y, permaneciendo en compañía, llegamos a una fuerte y dulce unidad de corazones.

69. Entre tanto, fray Reginaldo, de feliz memoria, llegó a París y comenzó a predicar con toda diligencia. Yo, movido por la divina gracia, formé en mi interior y formulé el propósito de abrazar esta Orden, con el convencimiento de haber encontrado en ella un camino seguro de salvación, el mismo que yo había ideado en mis frecuentes reflexiones, antes incluso de conocer a los frailes. Confirmado, pues, en mi resolución, comencé a trabajar con ahínco para arrastrar a igual compromiso al compañero de mi alma; veía que por sus dotes de naturaleza y gracia sería muy útil para el ministerio de la predicación. El se resistía, pero yo no cejé en mi insistencia apremiante.

70. Por tanto, procuré que fuera a fray Reginaldo para que hiciera con él su confesión y recibiera algún consejo. Vuelto a mi compañía, abrió el códice de Isaías como para buscar un oráculo; sus ojos se fijaron en primer lugar en el pasaje que dice: «El Señor me ha dado una lengua instruida para saber sostener con mi palabra a los abatidos. Cada mañana me despierta, despierta mis oídos para que oiga como discípulo. El Señor Dios me ha abierto los oídos, y yo no me resisto, no me echo atrás» [Is 50, 4-5]. Estas palabras del profeta, que respondían tan exactamente a su intención, se las interpretaba yo como si resonaran desde el cielo. El tenía en verdad una gran facilidad de palabra, y yo le exhortaba a poner su juventud bajo el yugo de la obediencia. Un poquito después, fijamos nuestra atención en aquella sentencia que sigue: «Permanezcamos juntos» [Is 50,8], como si nos advirtiera a ambos que no debíamos renunciar nunca a nuestro preclaro género de sociedad.

71. Cuando más tarde, yo me encontraba en Bolonia y

él en Colonia, aprovechó lo bien que venía tal sentencia, para escribirme: «¿Dónde ha quedado ahora el *permanezcamos juntos*, siendo así que vos estáis en Bolonia y yo en Colonia?» Le contesté a mi vez: «Dime, ¿puede haber algo que proporcione mayor mérito, o una corona más gloriosa, que el desprecio de todo este mundo, y aceptar de todo corazón la pobreza en que vivió el mismo Cristo y abrazaron sus seguidores, los Apóstoles?» A todo esto asintió con su razón, pero su voluntad tarda y rebelde, le hacía sentir lo contrario.

Cómo fue transformada la voluntad de Fray Enrique

72. Aquella misma noche fue a maitines a la iglesia de Santa María¹², y permaneció allí hasta el alba, orando y suplicando a la Madre del Señor que doblegara su voluntad hacia la resolución [de entrar en la Orden]. Y, como le parecía que no aprovechaba nada orando, puesto que comprobaba la dureza de su corazón, tuvo lástima de sí mismo y se dispuso a volver a casa, diciendo para sus adentros: «¡Oh Virgen Santa! ahora experimento que no me juzgas digno. No hay lugar para mí en el grupo de los pobres de Cristo». Pero es lo cierto que su corazón le impulsaba hacia la perfección, que sabía iba unida con la pobreza voluntaria. En cierta ocasión el Señor le mostró en visión cuán seguro abogado sería la pobreza, ante la presencia del estricto juez.

Paréntesis sobre una visión

73. En cierto momento tuvo una visión, en la que le parecía encontrarse ante el tribunal de Cristo. Vio que había allí una inmensa multitud esperando el juicio, o para juzgar con Cristo. El se encontraba entre los que debían ser juzgados y, como no tenía conciencia de pecado alguno, pensaba que saldría absuelto y sería declarado inocente. Pero alguien que estaba al lado del juez, apuntándole con el índice, le apostrofó de este modo: «Tú, que estás delante, dime qué has dejado por amor del Señor». El se aterrorizó ante un examen tan riguroso, porque no tenía nada que responder a la pregunta. Y

¹² La iglesia de Notre-Dame de París.

así se le desapareció la visión. Advertido de modo semejante, deseaba cada vez con mayor intensidad llegar a la cumbre de la pobreza evangélica, pero se lo impedía su indecisa voluntad.

74. Así pues, en el momento en que se disponía a salir de la iglesia, tal como queda ya referido [n.72], en lucha consigo mismo y desolado, el que se fija en el humilde [Lc 1,48] removi6 totalmente los cimientos de su corazón; rompi6 al momento a llorar y, con ánimo resuelto, vació por completo el interior de su corazón ante el Señor. Toda aquella dureza qued6 quebrantada por el Espíritu que irrumpe de un modo impetuoso [Hch 2,2] de tal modo que el yugo suave de Cristo [Mt 11,13], que poco antes le parecía muy pesado, se le hizo del todo ligero y gozoso, en virtud de que se había ablandado ya por la acción eficaz del aceite [Is 10,27, *Vulgata*]. Impulsado, pues, por aquel fervor, se levant6, acudi6 presurosamente a fray Reginaldo e hizo su voto. Volvi6 sin demora a donde me encontraba yo, y como advertiera en su rostro angelical las señales de las lágrimas, le pregunté de d6nde venía. El me respondi6: «He hecho un voto al Señor y lo cumpliré» [Jc 11,30]. Retrasamos hasta la Cuaresma el inicio de nuestro noviciado. En el entretanto ganamos a uno de nuestros compañeros, a fray León, que más tarde sucedió a fray Enrique en el oficio de prior.

Entrada en la Orden de Fray Jordán, Fray Enrique y Fray León

75. Cuando lleg6 el día en que, con la imposición de la ceniza, se recuerda a los fieles su origen y retorno al polvo de la tierra, dispusimos también nosotros, para comenzar de un modo adecuado el tiempo de penitencia, cumplir con lo que habíamos prometido al Señor. No obstante, nuestros compañeros de hospedaje todavía lo ignoraban. De ahí que al salir fray Enrique de la hospedería, uno de ellos le preguntara: «¿A d6nde vais, don Enrique?» Voy a Betania, contest6 él. Aquél no comprendió entonces la respuesta, pero entendi6 más tarde con la evidencia del hecho lo que quería decir, cuando le vio ingresar en Betania, que significa, *casa de obediencia*. Llegados, pues, nosotros tres a la iglesia de Santiago mientras los frailes cantaban ya la antífona *Mudemos el vestido*, etc., de improviso, pero en el momento oportuno, nos pusimos en medio de ellos,

y despojándonos rápidamente del hombre viejo, allí mismo vestimos el nuevo, para que tuviera realidad en nosotros lo que ellos estaban cantando.

76. Tras el ingreso de fray Enrique, aquel hombre santo que le había educado, con otros dos clérigos buenos y espirituales de su iglesia —los tres le tenían gran afecto—, se turbaron profundamente. No conocían todavía la nueva religión, de la que no habían oído hablar nunca, y casi daban por perdido al joven en el que tantas esperanzas tenían puestas. Por lo mismo casi habían acordado ya, que uno o más de ellos se trasladara a París, para que le alejara y apartara de una decisión que les parecía imprudente. Pero en aquel instante dijo uno de ellos: «No obremos con precipitación; pasemos la noche orando y formulemos todos un mismo deseo: que el Señor se digne manifestarnos cuál es su voluntad en este asunto». Llegó la noche, y hallándose todos en oración, uno de ellos oyó una voz del cielo, que decía: «Es el Señor quien lo ha hecho [Sal 117,23], y no se puede cambiar». Completamente asegurados por esta manifestación divina, no se inquietaron ya más. Al contrario, le escribieron a París, exhortándole a que perseverara con toda confianza, y le manifestaban la índole y detalles de la revelación. Yo leí aquella carta transida de piedad y dulce como la miel.

77. Tal fue fray Enrique, al que el Señor otorgó múltiples y admirables gracias en bien del clero de París, por medio de su predicación. Su palabra era viva y eficaz [Hb 4,14], que penetraba con mucha fuerza en el corazón del auditorio. En el tiempo que alcanza nuestro recuerdo, no se había visto antes de él en París un predicador al que acudiera a escuchar todo el clero, un predicador tan joven, de tal facilidad de palabra y tan agraciado bajo todos los aspectos.

78. Y, ciertamente, en este vaso de elección [Hch 9,15] Dios multiplicó los signos de su gracia. Era pronto en la obediencia, constante en la paciencia, apacible y benigno en el trato, agradable por su alegría, superabundante en caridad. No se echaba tampoco de menos en él la honestidad de conducta, sinceridad de corazón e integridad virginal de su cuerpo; en toda su vida no miró o tocó a una mujer albergando una intención impura en el corazón. Su palabra estaba impregnada de modestia, su hablar era fluido, agudo de ingenio, agraciado de cara, hermosa toda su persona; tenía habilidad para escribir, pericia para dictar, y una voz melodiosa como de ángel. No le veías nunca triste o alborotado; siempre

ecuánime, siempre alegre. Parecía como si la justicia le hubiera dispensado de probar su rigor, y se hubiera posesionado por completo de él la misericordia. Se introducía con tanta facilidad en el corazón de todos, y se mostraba tan sociable con todos, que si le tratabas un poco te parecía que te estimaba por encima de todos. Era obligado que aquél a quien Dios había inundado con su gracia fuera amado de todos. Y aunque en cuanto hemos enumerado sobresalía por encima de los demás, de tal modo que parecía perfecto en todo género de gracia, no se enorgullecía por ello, puesto que había aprendido de Cristo a ser manso y humilde de corazón [Mt 11,29].

Su envío a Colonia

79. Fue enviado en calidad de prior a Colonia. Todavía hoy proclama toda la ciudad cuán copiosas y abundantes gavillas de almas cosechó para Cristo con su asidua predicación, entre las vírgenes, viudas y pecadores arrepentidos; y cuán diligentemente encendió o atizó en el corazón de muchos el fuego que el Señor vino a traer a la tierra [Lc 12,46]. Acostumbraba a recordar que el nombre de Jesús —el nombre que está sobre todo nombre [Flp 2,9]— es dignísimo de todo culto y reverencia; hasta tal punto [lo inculcó] que, cuando hoy suena en la iglesia, o en la predicación este nombre sagrado, despierta al instante sentimientos de devoción en muchos corazones, que se traduce en algún tipo de manifestación reverente.

Su muerte

80. Terminado el curso de su dichosa vida, descansó santamente en el Señor, rodeado de frailes en oración. Pero antes de entregar su espíritu, cuando le administraban la extrema unción, recitaba con vigor, como un fraile más de los allí presentes, las letanías y sufragios. Una vez finalizado el oficio, dirigió una devota exhortación a los frailes, que les arrancó abundantes lágrimas. ¿Quién será capaz de relatar el llanto que se produjo a su muerte, los sollozos y gemidos de las viudas y vírgenes, y los suspiros de los frailes y amigos?

81. Me vienen a la mente muchas cosas acerca de él, pero para no hacer, quizá, demasiado largo el relato, baste re-

cordar al menos un hecho de los muchos acaecidos después de su muerte; me lo relataron personas santas y dignas, como verdad de confesión.

Cómo se manifestó a cierto religioso

82. Había en la ciudad de Colonia una respetable madre de familia, que tenía gran devoción a fray Enrique cuando todavía vivía. En alguna ocasión le rogó que le prometiera que, si moría él primero, se le aparecería después de su muerte. Accedió él a sus ruegos, si era ésta la voluntad del Señor. Una vez ocurrida su muerte, esperaba ella y ansiaba con vehemencia ver lo prometido. Por entonces llamaba también a sus puertas una molesta tentación, haciéndola el demonio padecer graves inquietudes sobre la fe, a saber, si cuando se acababa esta vida, las almas de los difuntos volvían a la nada o, por el contrario, permanecían vivas. Pero, aunque esperó largo tiempo y con verdaderas ansias, nada se le apareció. De tal suerte que su tentación iba en aumento, y decía para sus adentros: «Si de lo que se nos dice acerca de la vida futura hubiera algo de verdad, éste, a quien tanto amaba, me lo debía haber certificado ya».

83. Mientras así se afligía y consumía en su interior, he aquí que se apareció fray Enrique a un religioso, y le dijo: «Vete a casa de aquella noble señora», y le llamó por su nombre. Tal nombre era desconocido para esta persona, porque desde la infancia la llamaban con un nombre cariñoso, que había prevalecido sobre el nombre impuesto en el bautismo. El religioso a quien nos referimos tuvo noticias de esto por primera vez, cuando se lo aclaró fray Enrique. «Vete a su casa —le dijo— y, tras saludarla en mi nombre, le dices: ‘Acostumbras hacer esto y aquello. De ahora en adelante no lo harás así, sino que observarás tal y tal proporción en ello’». Se trataba de obras tan ocultas que, a excepción de ella, nadie las conocía. Mientras le decía estas cosas, advirtió aquella buena persona que [fray Enrique] portaba en su pecho una piedra preciosa muy transparente y brillante. Se alzaba también un muro ante él, construido con piedras preciosas; mirando hacia allí con atención, le preguntó: «¿Qué significa, señor mío, esta piedra tan brillante en vuestro pecho y este muro precioso?» El respondió: «Esta piedra preciosa es signo de la pureza de corazón que tenía en el mundo; mirándola,

me lleno de gran consuelo. Y este muro, es la parte del edificio del Señor que construí en vida, aconsejando, predicando y confesando». Entre tanto, llegó de improviso la Reina del cielo y Madre de misericordia, la Virgen María, y mientras ella se acercaba, dijo fray Enrique a aquel hombre: «Esta es mi Señora, la Madre del Salvador, que me ha elegido para su servicio. Advierte el consuelo que se experimenta en su compañía». Dicho esto, se le asoció al instante y se retiró acompañándola.

84. Aquel hombre bueno fue a donde se encontraba la noble señora y le manifestó todo, tal como le había sucedido. Para probar la verdad de su relato le descubrió algunas de sus obras más secretas, que le habían sido reveladas. La señora recibió un gran consuelo y quedó libre del tormento de su tentación.

85. Pero recibió mayor consuelo por algo que mereció experimentar más tarde ella misma. Un día en que, reclinada sobre un arca en el dormitorio de su casa, releía con piadoso gozo las cartas que le había escrito fray Enrique en otro tiempo, dio con una frase en que le decía: «Recostaos sobre el dulce pecho de Jesús, y apagad la sed de vuestra alma». Inflamada por el recuerdo de estas palabras, que le parecían como pronunciadas por él todavía vivo y presente, fue arrebatada en espíritu y se vio a sí misma presente a un lado del pecho de Jesucristo, y a fray Enrique a la otra parte. Experimentó en este raptó un gozo tan profundo y maravilloso por el consuelo que le proporcionaba el Señor que, completamente embriagada por tan inmenso riego de salvación en que se vio sumergida, no advertía la presencia de las criadas de la casa, ni las oía en absoluto cuando la llamaban a gritos para que acudiera pronto a la mesa, donde la estaba esperando su marido; no lo advirtió hasta que no recobró sus sentidos, volviendo en sí de aquella dulce embriaguez de espíritu.

Dedicado este recuerdo a fray Enrique, prosigamos ya con el resto del relato.

El primer capítulo celebrado en Bolonia

86. En el año del Señor 1220 se celebró en Bolonia el primer capítulo general de nuestra Orden. En él estuve yo, enviado desde París con otros tres frailes, pues el Maestro Domingo había escrito mandando que la casa de París en-

viara cuatro frailes a este capítulo. Sin embargo, cuando fui enviado no llevaba todavía dos meses en la Orden.

87. En aquel capítulo se estableció de común acuerdo entre los frailes, que se celebrara capítulo general un año en Bolonia y otro en París, pero acordando que el del próximo año se tuviera en Bolonia. Se estableció también entonces que nuestros frailes no tuvieran en lo sucesivo posesiones o rentas, y que renunciaran a las que habían recibido en la región de Toulouse. Se establecieron otras muchas cosas, que se observan hasta el presente.

Se impone el priorato de Lombardía a Fray Jordán. Envío de frailes a Inglaterra

88. En el año del Señor 1221, el capítulo general decidió imponerme el cargo de prior de la provincia de Lombardía, cuando llevaba un año en la Orden y todavía no había echado raíces suficientemente hondas como para presidir y gobernar a otros, sin haber aprendido antes a gobernar mi propia imperfección. En este capítulo se envió a Inglaterra una comunidad de frailes, con fray Gilberto como prior. Está claro, pues, que yo no asistí a este capítulo.

De Fray Everardo, que fue arcediano de Langrés

89. Por aquel tiempo entró en la Orden en París fray Everardo, arcediano de Langrés. Era un hombre de gran virtud, activo y prudente consejero. Como era una persona de mucha autoridad y muy conocido, causó honda edificación al asumir la vida de pobreza.

90. Teniendo yo que ir a Lombardía, [fray Everardo] emprendió el viaje conmigo —mostraba profesarme un tierno afecto—; él estaba deseoso de ver al Maestro Domingo. Por todas las regiones de Francia y Borgoña, en las que en algún tiempo fue muy conocido, predicaba a Cristo pobre y menesteroso, llevando siempre en su cuerpo la mortificación de Jesús [2 Co 4,10]. Fue aquejado por una enfermedad, y acabó esta vida llena de fatigas y lágrimas, con un fin ciertamente precoz, pero lleno de felicidad. Su muerte tuvo lugar en Lausana, para cuya sede en cierta ocasión había sido elegido obispo, aunque rehusó aceptar.

91. Poco antes de morir, cuando los médicos daban ya por seguro que moriría, pero se le ocultaba a él este dictamen, me dijo: «Si según el parecer de los médicos he de morir, ¿por qué no se me dice? Ocúltese la muerte a aquellos para quienes constituye un amargo recuerdo [Eccli 30,17]. A mí no me horroriza la muerte. Nada tiene que temer quien espera lleno de consuelo que, una vez destruida esta casa terrena, débil por su propia constitución, recibe en feliz trueque una morada no hecha por mano de hombre y de carácter permanente en el cielo» [2 Co 5,1; Prefacio de difuntos]. Falleció, pues, y entregó su cuerpo frágil a la tierra, su alma al Creador. Tuve yo una señal de esta dichosa muerte en que, cuando entregó su alma, pensaba experimentar un dolor profundo y turbación de espíritu; todo lo contrario, me sentí inundado de devoción y de una intensa alegría. El testimonio de mi conciencia me advertía, que de ningún modo debía llorar a quien se había trasladado a la gloria.

Muerte del Maestro Domingo

92. En el entretanto, el Maestro Domingo, acercándose al término de su peregrinación, cayó gravemente enfermo en Bolonia. Encontrándose en el lecho del dolor hizo llamar a doce frailes entre los más notables, y les exhortó a una vida fervorosa, a la promoción de la Orden y a la perseverancia en la santidad. Les amonestó a que evitaran un trato sospechoso con mujeres, especialmente jóvenes, porque este trato, lleno de atractivos, es un lazo eficaz para apresar a las almas todavía no acrisoladas [Is 1,25]. «En cuanto a mí —dijo— hasta la hora presente, la misericordia divina me ha conservado en la incorrupción de la carne; confieso, sin embargo, que no me he escapado de la imperfección de encontrar más atractivas las conversaciones con las jóvenes, que los coloquios con las ancianas».

93. Antes de su muerte dijo también confidencialmente a los frailes, que les sería más útil cuando muriera de lo que lo fuera en vida. Sabía ciertamente a quién había confiado el depósito de sus trabajos y de su vida fecunda [2 Tm 1,12], y no dudaba que tenía preparada la corona de justicia [2 Tm 4,8]. Una vez recibida, sería tanto más poderoso para interceder, cuanto hubiera entrado ya con más seguridad en las potencias del Señor [Sal 70,16].

94. Su enfermedad fue en progreso y, al final, sentía el doble tormento de la fiebre y la disentería. Por fin, su alma santa fue desligada del cuerpo y se dirigió al Señor que la había creado, cambiando así este triste destierro por el eterno consuelo de la morada celestial.

De la visión que tuvo Fray Guala cuando murió Santo Domingo

95. En el mismo día y a la misma hora de su muerte fray Guala, prior de Brescia y después obispo de aquella ciudad¹³, dormitaba un ligero sueño apoyado en el campanario del convento de Brescia. Vio como una abertura en el cielo, *por la que descendían dos escalas luminosas. Una era sostenida en lo alto por Cristo, y la otra por su Madre. Los ángeles recorrían ambas, bajando y subiendo. A lo bajero, entre las dos escalas, se colocó una silla y en ella se sentó alguien, con apariencia de fraile de una Orden, teniendo la cara velada por la capucha, al modo como se suele sepultar a nuestros muertos. Cristo y su Madre iban subiendo poco a poco las escalas, hasta que llegó a lo alto el que había sido colocado en la parte inferior de las mismas. Cuando fue recibido en la gloria, al canto de ángeles, en medio de un inmenso resplandor, se cerró aquella abertura tan esplendente del cielo y no apareció nadie más. El fraile que vio esto, aunque había estado muy enfermo y débil, recobró al instante las fuerzas y, sin dilación, tomó el camino de Bolonia, donde supo con certeza que el siervo de Cristo Domingo había fallecido en el mismo día y a la misma hora. Esto lo supimos por el relato que él nos hizo.*

Sepultura del Maestro Domingo. Milagros obrados

96. Pero volvamos todavía un momento a las venerables exequias de este hombre santo. Por los días de su muerte había venido a Bolonia el venerable padre obispo de Ostia, entonces legado de la Sede Apostólica en Lombardía, y ahora Sumo Pontífice de la Sede Romana, el Papa Gregorio [IX]. Con este motivo se hallaban presentes en la ciudad muchos personajes y prelados de las iglesias. Cuando tuvo noticia de la muerte del Maestro Domingo vino en persona, ya que le

¹³ Fue hecho obispo de Brescia en 1229 y murió en 1244. Pío IX aprobó su culto con el título de Beato.

había tratado con mucha familiaridad, y le amaba muy de corazón. Sabiendo que era un hombre justo y santo, presidió personalmente el oficio de sepultura, en presencia de muchas gentes, en cuyos corazones estaba bien arraigado el convencimiento de la felicidad de aquel tránsito y de la santidad que alcanzó mientras vivía. A los presentes les aseguraba su conciencia que él había recibido ya una vestidura de inmortalidad [Eccli 6,32]. De menosprecio del mundo hablaban aquellos funerales; invitaban a reflexionar con cuánta seguridad se merece la morada del eterno reposo en los cielos, por el camino del desprecio de la vida presente, y cómo se puede alcanzar una muerte preciosa mediante una vida de pobreza.

97. Así se despertó la devoción entre las gentes sencillas y la veneración de los pueblos. Acudían muchos aquejados de diversas enfermedades y todo género de molestias. Permanecían allí día y noche y aseguraban que habían recuperado completamente su salud; dejaban testimonio de sus curaciones, colgando en la tumba del Santo efigies de cera, representando ojos, manos, pies y demás miembros, según la variedad de sus enfermedades y la multiplicidad de curaciones obtenidas, o gracias de todo tipo.

98. Pero en medio de todo esto, apenas se encontraba entre los frailes quien respondiera con gratitud a esta obra de la gracia de Dios. Y así les pareció a muchos que no debían aceptar testimonios de milagros, no fuera que bajo apariencia de piedad, incurrieran en algún tipo de lucro. Así, manteniéndose en su propia opinión, y buscandó una perfección des acertada, descuidaron atender al común provecho de la Iglesia y ocultaron la manifestación del poder de Dios.

99. Hay constancia de que, aun en vida, se distinguió por ciertos poderes extraordinarios y brilló por los milagros obrados. De todo esto hemos oído muchas cosas pero, por la diversidad de las narraciones, no lo consignamos, para que no suceda que describiendo las cosas de modo incierto, se contribuya a producir una noticia equivocada en quienes lo desconocen. Parece bien, sin embargo, traer aquí algunos hechos que nos han narrado con mayores garantías de certeza.

Resurrección de un joven en Roma

100. Encontrándose en cierta ocasión en Roma un joven, pariente del cardenal Esteban de Fossanova, lanzó impruden-

temente en loca carrera al caballo que montaba; tuvo una gravísima caída y lo transportaban entre lágrimas. Pensaban que estaba moribundo, o quizá ya muerto, al verlo sin señal alguna de vida. Creciendo en torno al difunto la aflicción, se presentó allí el Maestro Domingo, y con él fray Tancredo, hombre bueno y fervoroso, que fue algún tiempo prior de Roma. De su relato supe yo esto. El dijo a fray Domingo: «¿Por qué te mantienes en un segundo plano? ¿Por qué no intercedes ante el Señor? ¿Dónde está ahora tu compasión hacia el prójimo? ¿Dónde tu confianza en Dios?» Conmovido por la exhortación del hermano, y vencido por un ardiente sentimiento de compasión, transportaron en secreto al joven a una habitación cerrada con llave; recobró la vida en virtud de sus oraciones y lo llevó sano y salvo a la vista de todos.

Cómo ahuyentó la lluvia con la señal de la cruz

101. Me refirió fray Bertrán, de cuyo envío a París hemos hecho mención más arriba [n.51], que en una ocasión le acompañó de viaje. Se levantó un fuerte huracán y se encontraba ya el terreno muy inundado por las lluvias. El Maestro Domingo hizo la señal de la cruz, y alejó de tal suerte aquella lluvia torrencial de delante de sí que, mientras caminaban tenían siempre a tres codos de distancia una densa cortina de agua, sin que una sola gota salpicara la extremidad de sus vestidos.

102. Nos han dado a conocer muchas curaciones de enfermedades, que atestiguan su santidad, pero no las consignamos por escrito en este momento.

Tenor de vida del Maestro Domingo

103. Por lo demás, había en él algo mucho más resplandeciente y grandioso que los milagros; era tan limpio en su conducta, y estaba impulsado por tal ímpetu de fervor divino que, sin ningún género de duda, quedaba patente que era un vaso de honor [Rm 9,21] y de gracia, un vaso adornado con todo género de piedras preciosas [Eccli 50,10]. Había en él una igualdad de ánimo muy constante, a no ser que se conmoviera por la compasión y la misericordia. Y como el cora-

zón alegre alegra el semblante [Pr 15,13], el sereno equilibrio del hombre interior, aparecía hacia afuera en la manifestación de su bondad y en la placidez de su rostro. Mantenía tal firmeza de ánimo en aquellas cosas que comprendía razonablemente que debían llevarse a cabo en conformidad con la voluntad de Dios, que rara vez o nunca accedió a cambiar una decisión, tomada tras madura deliberación. El testimonio de su buena conciencia, como queda dicho, resplandecía siempre en la serena placidez de su semblante, sin que palidciera la luz de su rostro [Jb 29,24].

104. Por todo esto, se atraía con facilidad el amor de todos; apenas le veían, se introducía sin dificultad en su corazón. Dondequiera que se encontrara, de viaje con los compañeros, en alguna casa con el hospedero y demás familia, entre la gente noble, príncipes y prelados, le venían en abundancia palabras edificantes y multiplicaba los ejemplos con los que orientaba el ánimo de los oyentes al amor de Cristo y al desprecio del mundo. En su hablar y actuar se mostraba siempre como un hombre evangélico. Durante el día, nadie más afable con los frailes o compañeros de viaje; nadie más alegre.

105. Durante la noche, nadie más perseverante en velar en oración. Por la noche se detenía en el llanto, y por la mañana le inundaba la alegría [Sal 29,6]. Consagraba el día a su prójimo, y la noche al Señor, convencido como estaba de que el Señor ha enviado durante el día su misericordia, y de noche su cántico [Sal 41,9]. Lloraba muy abundantemente y con mucha frecuencia, y las lágrimas fueron para él su pan de día y noche [Sal 41,4]. De día, sobre todo, cuando celebraba, con frecuencia o diariamente, la misa solemne; de noche, cuando velaba más que nadie en constantes vigili-
as.

Sus vigili- as

106. Tenía la costumbre de pernoctar muy frecuentemente en las iglesias, hasta el punto de que apenas o muy raramente parece que tuvo un lecho determinado para descansar. Oraba por las noches, y permanecía velando todo el tiempo que podía arrancar a su frágil cuerpo. Cuando, al fin, llegaba la fatiga y se distendía su espíritu, reclamado por la necesidad de dormir, descansaba un poco ante el altar, o en otro cualquier lugar, y también reclinaba la cabeza sobre una

piedra, a ejemplo del patriarca Jacob [Gn 28,11]. De nuevo volvía a la vigilia, y reemprendía su fervorosa oración.

107. Daba cabida a todos los hombres en su abismo de caridad; como amaba a todos, de todos era amado. Hacía suyo el lema de, alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran [Rm 12,15]. Inundado como estaba de piedad, se prodigaba en atención al prójimo y en compasión hacia los necesitados. Otro rasgo le hacía gratísimo a todos: el de avanzar por un camino de sencillez, sin mostrar nunca vestigio alguno de duplicidad o de ficción, tanto en palabras como en obras.

108. Verdadero amante de la pobreza, usaba vestidos baratos. Su moderación en la comida y bebida era muy grande; evitaba lo exquisito y se contentaba de buena gana con una comida sencilla. Tenía un firme dominio de su cuerpo. Tomaba el vino de tal modo mezclado con agua que, mientras satisfacía su necesidad corporal, nunca debilitaba su delicado y fino espíritu.

Alabanza del hombre de Dios, Santo Domingo

109. ¿Quién será capaz de imitar en todo la virtud de este hombre? Podemos admirarla y, a la luz de su ejemplo, apreciar la flojedad de nuestro tiempo. Poder lo que él pudo no está al alcance de las fuerzas humanas, sino que es una gracia única de Dios, a menos que la bondad misericordiosa del Señor se dignara quizá conceder a alguien alcanzar semejante cima de santidad. Pero para esto, ¿quién será hallado idóneo? Sigamos entre tanto, hermanos, en la medida de nuestras posibilidades, las huellas paternas, y a la vez demos gracias al Redentor, que nos ha dado a sus siervos en este camino por el que vamos, un semejante jefe, y nos ha regenerado por medio de él para entrar en la luz de este género de vida. Pidamos al Padre de las misericordias, que conducidos por el Espíritu por el que obran los hijos de Dios, merezcamos llegar también nosotros, en recto recorrido por el camino que establecieron nuestros padres [Pr 22,28], a la misma meta de perpetua felicidad y sempiterna bienaventuranza, en la que ha entrado ya él, feliz por toda la eternidad. Amén.

Fray Bernardo es atormentado por el demonio

110. Terminada ya la narración de cuanto convenía recordar, relativo al tiempo del Maestro Domingo, tratamos a continuación de algún otro hecho. Así, pues, muerto en Lausana fray Everardo, como queda dicho ya [n.89-91], continué mi camino y llegué a Lombardía, para asumir el oficio que se me había impuesto en la provincia. Vivía en aquel tiempo un cierto fray Bernardo de Bolonia, tan atormentado por un cruel demonio que le poseía, que de día y de noche lo enfurecía horriblemente, y a toda la comunidad de frailes la tenía en vilo. Sin duda la misericordia divina había determinado probar la paciencia de sus siervos con este sufrimiento.

111. Pero relatemos de qué modo vino a este fraile tal sufrimiento. Desde su ingreso entre nosotros deseaba con frecuencia, estimulado por el dolor de sus pecados, que el Señor le exigiera algún género de expiación. Con frecuencia sentía en su interior la sugerencia de si quería ser afligido por una posesión diabólica; él se horrorizaba de ello y no podía dar su consentimiento. Finalmente, tras muchas deliberaciones y encontrándose en cierta ocasión más fuertemente indignado por sus pecados, consintió en su interior que su cuerpo fuera entregado al demonio para que se operara esa purificación. Así me lo contó él mismo. Y al momento, con la permisión de Dios, se llevó a efecto lo que había formulado en su corazón.

112. El demonio vomitó por su boca muchas cosas sorprendentes. Algunas veces este obseso, aunque no era perito en teología e ignoraba prácticamente la sagrada Escritura, pronunciaba sentencias que podían considerarse como más dignas de alabanza, que las mismas formuladas por San Agustín. Por sugestión de la soberbia, se vanagloriaba mucho cuando alguien prestaba oído a sus palabras.

113. Recuerdo que una vez me propuso que abandonara la predicación, y él dejaría de tentar a los frailes. Yo le repliqué: «¡Lejos de mí hacer una alianza con la muerte, o un pacto con el infierno! Con tus tentaciones, aunque no lo pretendas, los frailes se aprovechan y progresan en la vida de la gracia, porque tentación es la vida del hombre sobre la tierra [Jb 7,1]».

114. Con palabras encubiertas y engañosas, se esforzaba por sembrar frecuentemente en nuestros corazones alguna semilla de su maldad. Al advertirlo, le dije: «¿Por qué siembras tan a menudo tus mentiras entre nosotros? No desconocemos

tus intenciones». El respondió: «También sé yo de qué barro estás hecho tú. Cuando rechazas y desprecias lo que se te ofrece una sola vez, terminas por aceptarlo con facilidad y alegría engañado por mi maldad». Presten atención a esto los soldados de Cristo; que no es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados, las potestades de las tinieblas y contra los espíritus malos de los aires [Ef 6,12]; para que aprendan de la continua insistencia de los enemigos a perseverar en su fervor, y a evitar la flojedad del espíritu, que tiende a adormecerse.

115. Más aún; algunas veces usaba de palabras tan eficaces en forma de predicación que, el modo de pronunciarlas, a la par que la piedad y profundidad de los términos, arrancaban abundantes lágrimas salidas de lo más íntimo de quienes las escuchaban. También sorprendía mucho que hasta el cuerpo del fraile obseso, difundiera algunas veces un olor muy agradable, superior a los preparados por manos humanas. A mí mismo me tendió con engaño este género de tentación, simulando que se encontraba gravemente atormentado por aquel género de fragancia, como si se la proporcionara un ángel del cielo; era él ciertamente quien tendía esta asechanza, para suscitar una presunción temeraria de santidad.

Tentación del olor causado por el demonio

116. Una vez, en fin, afligido gravemente aquel fraile en nuestra presencia, comenzó a simular agitación y a decir con voz grave: «Mira qué olor, mira qué olor, mira qué olor». Tras un instante, se derramó sobre el fraile el suave olor a que nos venimos refiriendo, dando muestras de modo fingido por medio de la expresión del rostro y de la voz, que sentía horror y desprecio. Me dijo: «¿Sabes que estoy horrorizado? Ha llegado el ángel de este fraile a consolarle con esta suavísima fragancia; me ha proporcionado un grave tormento con semejante consuelo. Pero yo te proporciono de mis tesoros otro tipo de perfume, con el que acostumbro a visitar». Al momento de pronunciar estas palabras, impregnó el aire de un olor sulfuroso, intentando con esta sucesión de olores que se había operado, disimular el engaño del perfume precedente.

117. Como me hiciera también a mí algo semejante, me encontraba muy perplejo; desconfiaba ciertamente de mis mé-

ritos, pero andaba incierto sin saber hacia dónde encaminarme, circundado como estaba de una admirable fragancia. Apenas me atrevía a sacar las manos, temiendo perder aquel perfume, para mí desconocido hasta entonces. Si portaba conmigo un cáliz, como se suele hacer para llevar la hostia del Cuerpo del Señor, me parecía que salía de aquel cáliz un perfume tan suave, que me podía transfigurar totalmente por la inmensidad de tanta dulzura.

118. Pero no soporta el Espíritu de la verdad que duren por largo tiempo los engaños del espíritu del mal. Así pues, cierto día, cuando estaba celebrando el oficio divino, al llegar a un punto del salmo [que comienza], «Juzga, Señor, a los que me hacen mal» [Sal 34,1], que es especialmente eficaz para rechazar las tentaciones, lo recité prestando una particular atención. Estaba ya rumiando el versículo, «Todos mis huesos dirán: ¿quién semejante a ti, Señor?», cuando, de repente, se derramó sobre mí tal inmensidad de odorífera dulzura que, en verdad, parecía que se impregnaba hasta la médula de mis huesos. Atónito e impresionado más que de costumbre por este hecho extraordinario, rogué al Señor que, si aquello era una asechanza diabólica hiciera el favor de revelármelo, y no permitiera que fuera calumniado el pobre por el poderoso [Sal 81,12], porque fuera de El no tenía seguridad de encontrar ayuda. Apenas había terminado de orar al Señor —*lo relato en su alabanza*—, recibí tan intensa ilustración en mi interior, y una convicción tan plena a causa de la verdad inequívoca que me infundió, que no tuve la menor duda de que todo esto era una ficción del engañoso enemigo.

119. Desde el momento en que me fue desvelado este secreto de iniquidad, e hice sabedor a aquel fraile de que se trataba de una tentación diabólica, cesó en nosotros dos la emisión de semejante olor. Entonces comenzó a proferir palabras malsonantes y torpes, cuando antes acostumbraba a relatarnos muchas cosas transidas de devoción. Al preguntarle: «¿Dónde han quedado tus hermosas pláticas?», me respondió: «Se ha puesto de manifiesto mi engaño, por eso quiero ejercitar abiertamente la maldad».

Institución del canto de la antífona «Salve Regina», después de Completas

120. Esta tremenda vejación de fray Bernardo, fue la causa principal que nos impulsó a establecer en el convento

de Bolonia el canto de la antífona «Salve Regina» después de Completas. De aquella casa comenzó a extenderse esta piadosa y saludable costumbre a la provincia de Lombardía y, finalmente, a toda la Orden. ¡Cuántas lágrimas de devoción no arrancó esta bendita alabanza, dirigida a la venerada Madre de Cristo! ¡Cuántas veces no puso en ebullición el afecto de quienes la cantaban o escuchaban! ¡Cuántas veces no ablandó la dureza e inflamó los corazones con santo ardor! ¿O no creemos que la Madre de nuestro Redentor se deleita con tales alabanzas, y queda cautivada por nuestros elogios? Me refirió un religioso digno de fe, haber visto con frecuencia en espíritu que, mientras los frailes cantaban [la invocación] *Ea, pues, abogada nuestra*, la Madre del Señor en persona se prostaba ante su Hijo, y le rogaba por la conservación de toda la Orden. Sea recordado esto para que en adelante los frailes que lo lean, se animen más y más en su devoción y alabanza a la Virgen¹⁴.

Los años anteriores a la traslación [de las reliquias]

121. La divina bondad, en su insondable sabiduría, acostumbra a diferir muchas veces el bien, no para que desaparezca, sino para que, aplazado, brote con más abundancia a su debido tiempo. Sea porque Dios quería proveer de mejor modo a su Iglesia, o porque algunos, opinando diversamente, seguían sin prudencia una senda de simplicidad, pareciéndoles que bastaba que Dios conociera la inmortal memoria de su siervo Santo Domingo, fundador de la Orden de Predicadores, no se preocuparon de darlo a conocer a las gentes. Como se ha indicado ya [n.97-98], una cierta niebla se había posado sobre los corazones de los frailes, hasta el punto de que apenas se encontraba quien respondiera con la gratitud debida a la acción de la gracia de Dios.

122. Así pues, tras la muerte de este hombre de Dios, se despertó la devoción del pueblo, y acudían muchos aquejados

¹⁴ En la edición crítica que sigue nuestra traducción hay un amplio espacio entre este número 120, y el n.121 que comienza a narrar la traslación de los restos de Santo Domingo, efectuada el 24 de mayo de 1233. El texto del libro a partir del n.121 parece una añadidura a la primera redacción de la obra. De hecho, en los nn.121-122, se reproducen casi a la letra los nn.97-98. A este relato añadido se le suele denominar: *Carta Encíclica del Beato Jordán sobre la traslación del cuerpo de Santo Domingo*.

de diversas enfermedades y todo género de molestias. Permanecían allí día y noche y aseguraban que habían recuperado completamente la salud. Dejaban testimonio de sus curaciones, colgando en la tumba del Santo efigies de cera, representando ojos, manos, pies y demás miembros, según la variedad de sus enfermedades y la multiplicidad de curaciones obtenidas. En verdad que, la vida de que gozaba en el cielo, se traducía en forma de milagros sobre la tierra. Les pareció, pues, a muchos que no debían aceptar testimonios de milagros, no fuera que bajo apariencias de piedad, incurrieran en algún tipo de lucro. Y así rompían y arrojaban fuera los exvotos. Así, manteniéndose en su propia opinión, y buscando una perfección desacertada, descuidaron atender al común provecho de la Iglesia y ocultaron la manifestación del poder de Dios. Algunos pensaban de modo diferente pero, por cobardía, no se atrevían a enfrentarse con los primeros.

123. Así sucedió que la gloria del Padre Santo Domingo estuvo adormecida durante casi doce años, sin veneración de nadie. Permanecía escondido el tesoro y carente de utilidad; se privaba de los beneficios del cielo, que otorga el Dador de todo bien. ¿No era acaso de estricta justicia que se privara del favor divino, a los que pretendían ocultar la gracia y la gloria de Dios? El grano no madurará en fruto, si cuando se siembra es pisoteado una y otra vez. Brillaba con frecuencia el poder taumatúrgico de Domingo, pero la incuria de sus hijos lo apagaba. El que es paciente y muy misericordioso [Nm 14,18], esperaba con paciencia; cuando no se alzaba voz alguna, ni se formulaban deseos de dar el debido honor al Santo de Dios, Domingo, proporcionó el Señor una ocasión para estimular la dejadez de los frailes.

124. Con el crecimiento de los frailes en Bolonia se hizo necesario ampliar la casa y la iglesia. Para alzar la nueva edificación se derruyó lo antiguo, y el cuerpo del siervo de Dios permaneció a la intemperie. ¿Quién que fuera razonable, podía juzgar digno de que semejante espejo de pureza, vaso de castidad, sagrario de virginidad, órgano del Espíritu Santo, continuara en una tumba tan humilde bajo el pavimento, él, que durante toda la vida, como declaró en su última confesión a doce sacerdotes presentes, nunca había arrojado de la morada de su corazón con el pecado mortal, al dulce huesped del alma [*Secuencia de Pentecostés*], el Espíritu Santo? Vueltos en razón algunos frailes trataban entre sí de trasladarlo a un lugar más decente, pero ni esto querían hacer sin el permiso del

Romano Pontífice. Verdaderamente en muchas ocasiones se comprueba que la virtud de la humildad merece la exaltación. Podían de por sí los frailes e hijos sepultar a su Padre, pero recurriendo en esto a una mayor autoridad resultó más ventajoso, porque así no se haría sólo una simple mudanza, sino un traslado canónico del glorioso [Padre].

125. Pero también en esto hubo descuido. Las gestiones de los frailes en orden a encargarse un sarcófago decente iban para largo; entre tanto, otros fueron al Sumo Pontífice Gregorio [IX] para comunicarle aquel proyecto, que había sido ya diferido en otras ocasiones. El, sin embargo, como era un hombre grande en celo y en fe, les reprendió muy duramente, porque habían descuidado prestar el honor debido a tan gran Padre. Y añadió: «Yo conocí en él a un hombre seguidor de la norma de vida de los Apóstoles, y no hay duda de que está asociado a la gloria que tienen ellos en el cielo». Al no poder ir él en persona por estar impedido con muchos asuntos, escribió al arzobispo de Rávena para que asistiera con sus sufragáneos a una traslación tan relevante.

126. Queriendo, pues, el Señor omnipotente disipar las tinieblas de la dejadez, por medio del parecer del pastor de la Iglesia universal, abrió también El su mano desde lo alto, y se dejó oír con la voz de los milagros, para dar a entender de un modo claro que toda la corte de la Jerusalén celeste exultaba y se congratulaba entonces con inmensa alegría, por la declaración en la tierra de la gloria de su ilustre conciudadano. Pues los santos, desterrada de ellos la incitación de la envidia, y estrechados en los brazos del amor divino, desean que la abundancia de sus bendiciones sea común a todos. Se reveló y demostró espléndidamente la santidad del elegido de Dios, Domingo, en el dar vista a los ciegos, andar a los cojos, salud a los paralíticos, habla a los mudos, ahuyentar a los demonios, en la curación de fiebres y destierro de diferentes enfermedades. En esta solemnidad, vimos saltar a Nicolás de Inglaterra, por largo tiempo paralítico; cede una enfermedad incurable de mal de higo tras hacer un voto; desaparecen tumores, y muchas otras cosas que quedaron manifiestas con toda claridad en la exposición y lectura que se hizo el día de la canonización ante el Sumo Pontífice, los cardenales y demás presentes. No es de admirar que pudiera hacer todo esto, reinando ya con Dios, quien, revestido todavía de mortalidad, recuperó ileso de las llamas del fuego el libro en que hizo una exposición de fe, sintió presente a la Santísima Vir-

gen al lado de un fraile enfermo, alejó la lluvia con la señal de la cruz, con su oración encendió una vela caída en el fango, libró a un novicio de las aterradoras llamas que habían prendido en su ropa, arrojó al demonio con la cruz, preanunció a dos personas la muerte del cuerpo, y a otras dos la del alma, devolvió la vida a dos personas en Roma; en su muerte vio a Cristo que le llamaba, se apareció coronado de gloria a un canónigo discípulo suyo, apareció ascendiente en un trono de gloria, elevado mediante unas escalas luminosas por la Virgen María y su Hijo. Las letras de su canonización dadas por el Papa Gregorio [IX] atestiguan muchos milagros relevantes, y gestas gloriosas de su vida de santidad.

127. ¡Llegó, por fin, el día memorable de celebrar la traslación del eximio doctor! Se encontraba presente el venerable arzobispo [de Rávena] y una multitud de obispos y prelados; había también allí un gentío de devotos, provenientes de todas partes; hacían la guardia las milicias armadas de Bolognia, para impedir que fuera robado aquel santísimo cuerpo que les protegía. Los frailes estaban ansiosos, pálidos, oraban con temor; temían de lo que no había que temer, a saber: que el cuerpo de Santo Domingo, encerrado durante tanto tiempo en un lugar muy humilde y expuesto a las lluvias y calores, pudiera, como el resto de cadáveres en descomposición, desprender un olor desagradable ante los presentes, y así se oscureciera la devoción hacia Santo tan grande. No sabiendo, pues, qué hacer, no les quedaba otro camino que el de encomendarse totalmente al Señor. Se acercaron los obispos con veneración; vinieron otros con herramientas apropiadas; quitaron la lápida, unida al sepulcro con cemento bien fuerte; debajo estaba la caja de madera sobre la que había tierra, tal como había sido inhumado el sagrado cuerpo por el venerable Papa Gregorio [IX], entonces obispo de Ostia; en la caja resaltaba un pequeño agujero.

128. Una vez levantada la losa, comenzó a salir por aquel agujero un olor admirable. Los presentes quedaron atónitos por tanta fragancia, y se preguntaron qué era aquello. Mandan quitar la cubierta de la caja, y he aquí que da la impresión que tuviéramos delante, aunque superándolo, una tienda de perfumes, un paraíso de aromas, un jardín de rosas, un campo de lirios y violetas, o la fragancia de todas las flores juntas. En algunas ocasiones cuando llegan los carros a Bolognia difunden por toda la ciudad mal olor; por el contrario, cuando se abre el sepulcro del glorioso Domingo, la ciudad se

alegra y purifica con un perfume que supera la fragancia de todos los aromas. Estupefactos y aterrados los presentes, cayeron de rodillas. Después prorrumpieron en dulce llanto entremezclado con gozo; se contraponían en su ánimo el temor y la esperanza, y pugnaban entre sí ambos sentimientos al experimentar aquel suave olor. También nosotros experimentamos la mencionada fragancia, y testificamos cuanto hemos visto y sentido. Aunque permanecemos de propósito por largo tiempo junto al cuerpo de Domingo, no lográbamos saciarnos de tanta dulzura. Aquella dulzura disipaba el malestar, aumentaba la devoción, suscitaba los milagros. Si se tocaba el cuerpo con la mano, la correa, o con cualquier otra cosa, permanecía el olor por largo tiempo adherido a ellos.

129. Los restos fueron trasladados a un sepulcro de mármol para ser guardados con sus propios aromas. Brotaba un olor admirable de aquel cuerpo santo, mostrando a los presentes con toda claridad que allí estaba el buen olor de Cristo. El arzobispo [de Rávena] celebró la misa con toda solemnidad y, como era martes de Pentecostés, el coro entonó el introito, «Recibid el gozo de vuestra gloria, dando gracias a Dios que os ha llamado al reino celeste». Los frailes, en su alegría, tomaron semejantes palabras como venidas del cielo. Sonaban las trompetas, la multitud alzaba en sus manos gran cantidad de cirios; una solemne procesión se puso en marcha, mientras por todas partes resonaba el canto «Bendito sea Jesucristo». Estos hechos tuvieron lugar en la ciudad de Bolonia, el día 24 de mayo del año de gracia 1233, presidiendo la Sede Romana Gregorio IX, y gobernando el Imperio Federico II.

130. Aun cuando el número de milagros sólo es conocido por Dios, he puesto por escrito unos pocos entre los máximamente auténticos, y que fueron leídos en su canonización, ante el Sumo Pontífice, reverendos cardenales y todo el clero y pueblo presente.

II. CARTAS DEL BEATO JORDAN

I. A LOS FRAILES DE LA PROVINCIA DE LOMBARDÍA (h. 25 de mayo de 1233)

A los muy queridos en Cristo, los frailes todos de la Provincia de Lombardía, Fray Jordán su siervo inútil, salud y fervor apostólico.

Invita la caridad y aconseja la utilidad que, ya que no puedo estar como quisiera presente entre vosotros, por lo menos os visite de algún modo por medio de mis escritos, cuando se ofrece una oportunidad. Puesto que mientras peregrinamos, es perverso el corazón del hombre [Sal 100,4; Jer 17,9], inclinado al vicio, desidioso y flojo para la virtud, necesitamos de exhortaciones para que un hermano sea ayudado por su hermano [Pr 18,19], e inflame con la solicitud de la caridad sobrenatural el fervor de espíritu, que se amortigua con la tibieza diaria de la propia negligencia.

Esta es la razón, muy queridos hijos, por la que os ruego y amonesto con todas mis fuerzas, advirtiéndoo de parte del que os redimió con su venerable sangre y os devolvió a la vida con su muerte santa, para que no os olvidéis de vuestra profesión y de vuestro compromiso, sino que recordéis las sendas antiguas [Jer 6,16], por las que nuestros antepasados corrieron con presteza hacia el descanso [Hb 4,11], como llevados por un viento impetuoso [Sal 47,8], y reinan ya con el Señor consolados eternamente en la feliz bienaventuranza, alegres ahora por los días en que los afligió el Señor, por los años en que sufrieron desdichas [Sal 89,15]. Mientras vivieron en este mundo procuraron aspirar a los dones espirituales [1 Cor 14,12], se despreciaron a sí mismos, menospreciaron el mundo, desearon ardientemente el reino; fueron fuertes en la paciencia, voluntariosos para la pobreza, fervientes en la caridad.

Creemos que entre todos ellos tuvo la primacía el venerable y Padre nuestro Domingo, de santa memoria, el cual mientras vivió con nosotros en la carne, caminaba en el espíritu, no solo negando las apetencias de la carne [Ga 5,16], sino extinguiéndolas; comportándose como verdaderamente pobre en el alimento, vestido y en todo su proceder. Fue cons-

tante en la oración, el primero en la compasión, férvido hasta las lágrimas por causa de sus hijos, es decir, por el celo que le devoraba en procurar el bien de las almas; no se amedrentó ante las dificultades; fue paciente en la adversidad. Cuán eminente fue entre nosotros mientras vivió en este mundo, lo proclamaban sus obras, y lo testimoniaban las virtudes y milagros. Cuán digno sea ahora ante Dios, ha quedado manifiesto en estos últimos días en que se ha verificado el traslado de su sagrado cuerpo, desde el lugar de la primitiva sepultura, a un lugar digno de veneración. Esta manifestación se ha hecho por medio de prodigios, y ha sido confirmada con milagros, como se os hará saber más por extenso en otra carta, tal como espero¹.

Por todo ello sea alabado nuestro Redentor, el Hijo de Dios Jesucristo, que se ha dignado elegir para sí a un tal siervo, y darnoslo a nosotros como Padre para instruirnos en la vida religiosa, e inflamarnos con el ejemplo de su resplandeciente santidad. ¡Oh, cuánto estima el que pesa las almas [Pr 16,2] la verdadera humildad de corazón, unida a la pobreza voluntaria!² ¡Cuán hermosa es ante Dios la carencia de hijos acompañada de virtud! [Sb 4,1]. Tales virtudes poseía en alto grado el siervo de Dios Domingo. Se estimaba en poco, era austero para consigo mismo; tenía celos de los demás, los celos de Cristo [2 Cor 11,1]; fue virgen e íntegro desde el seno materno.

No sucede así con los que se glorifican a sí mismos, con los que están ansiosos de que les alaben los demás, con los que, cuantas más gracias recibieron para ponerlas al servicio del prójimo, con tanta mayor altivez se estiman a sí mismos [1 Tm 6,17]. No sucede así con los que buscan lo cómodo para sí, profesando pobreza, pero sin ajustar a ella su obrar; los que debiendo despreciar todas las cosas, se preocupan obsesivamente de lo que no tiene importancia ni merece la pena, y no soportan que les falte nada de cuanto les pide su desor-

¹ Parece que este relato que promete el Beato Jordán, no se debe identificar con el que añadió a su obra sobre los *Orígenes de la Orden*; dicho relato fue escrito después de la canonización de Santo Domingo. Cf. TH. KAEPPELI, *B. Iordani de Saxonia...*, p.183, n.10; ver nn.121 y 130 de los *Orígenes de la Orden*.

² El Beato Jordán parece aludir aquí al denominado *Testamento de Santo Domingo*, que nos ha transmitido Pedro Ferrando: «Hermanos muy queridos: he aquí lo que en concepto de herencia os dejo como a hijos míos que sois, *tened caridad, conservad la humildad, manteneos en la pobreza voluntaria*». Ver el n.50 de la *Narración*. Sobre el tema del *Testamento de Santo Domingo* puede consultarse CREYTENS, *Le «testament de S. Dominique»...*, en AFP 43 (1973) 29-72.

denada voluntad. Pero tampoco observan el mandato que nos dio nuestro Padre de tener caridad³, los que profesando nuestra vida, esconden debajo del celemín [Lc 11,23] la gracia recibida de Dios para predicar o aconsejar, y así envuelven en el pañuelo el talento que les confió el Señor [Lc 19,20]. Ciertamente merecen ser denunciados, y quiera Dios que no se hagan dignos de maldición los que esconden el trigo al pueblo [Pr 11,26] y no le dan a su tiempo la ración [Lc 12,42] que le corresponde a la familia de Jesucristo. A esto se aproxima ya la negligencia que se observa en muchos, consistente en que gran número de superiores, sin preocuparse del estudio, apartan con tanta frecuencia del mismo a frailes dotados y con aptitudes, o los colocan en cualquier oficio, de modo que les es imposible estudiar. Y también los mismos lectores en algunas partes, desempeñan el oficio de las clases con tan poca asiduidad y diligencia, que no es de admirar, que al que enseña con descuido, le oigan con indiferencia. Pero si quizás hay lectores que desempeñan con esmero el oficio de las clases, resta todavía un tercer peligro por parte de los frailes, a saber, que los estudiantes se muestren muy descuidados en el tema del estudio, estén raramente en la celda, sean perezosos para las repeticiones de repaso, y no pongan el alma en los ejercicios escolásticos. Algunos obran de este modo, para dedicarse más libremente a sus aficiones, faltas de discreción; otros hacen también esto por la perniciosa y miserable pasión de la ociosidad, de modo que no sólo se descuidan de sí mismos e inducen al cansancio a los lectores, sino que roban la oportunidad de salvarse a muchas almas, a las que podían edificar para la vida eterna, si no estudiaran con negligencia, sino como es debido. Por esto hay entre nosotros tantos flojos, y duermen muchos [1 Cor 11,30], superiores y doctores; hay también muchos que perecen por la propia negligencia.

En medio de todo, será feliz aquel que guarde la debida proporción y no abandone el justo medio; el que se aparta del huracán y de la tormenta [Sal 54,9], para que, edificando a muchos, no se descuide de la utilísima consideración de sí mismo, ni se aleje del juicio vigilante y ponderado; el que no es impulsado por viento de amor humano, sino que obra urgido por la caridad en todo lo que hace, y es movido por el Espíritu de Dios; el que no orienta sus palabras u obras hacia la tierra y no corre a la ventura [1 Cor 9,26], sino que busca

³ Alusión al «Testamento de Santo Domingo». Cf. nota anterior.

en todo pura y simplemente la gloria de Dios, la edificación del prójimo y la propia salvación.

Esta es, hermanos, la palabra que no todos entienden [Mt 19,11]; ¡cuántas veces el conjunto de nuestros afectos y de nuestros pensamientos andan descarriados, y no se orientan a la verdad [Sal 24,5], ni contemplan el fin último! Hablamos mucho y hacemos también muchas cosas, soportamos múltiples sufrimientos, por los cuales, si en nuestros corazones sobreabundara la caridad, dirigiendo y ordenando todo al verdadero fin que es Dios, nos haríamos ciertamente mucho más ricos en méritos, y muchísimo más en virtud. Ahora, sin embargo, pensando con frecuencia en las vanidades, y deseando todavía cosas más vanas, sin que acrisolemos plenamente los afectos de nuestro corazón [Is 1,25; 48,10], no es de admirar que tardemos en perfeccionarnos, que caminemos con demasiada lentitud hacia la perfección.

Sin embargo, no digo que no haya entre vosotros algunos que, por la misericordia de Dios, se muestran solícitos del decoro del Santuario [Eccli 44,6], se cuidan de su conciencia, buscan con diligencia la perfección, trabajan en el ministerio de la predicación, se dan con ardor al estudio, se inflaman en la oración y meditación [Sal 38,4], teniendo siempre ante sí al Señor [Sal 15,8] como remunerador y juez de sus almas; de estos tales me alegro y doy gracias a Dios.

Carísimos, los que así sois, alegraos y esforzaos por progresar más [1 Ts 4,5; 1 Cor 14,12]. Los que, por el contrario, todavía no lo sois, poned manos a la obra, trabajad con habilidad para que crezcáis en orden a la salvación [1 Pe 2,2] de Aquel que se dignó llamaros para que os perfeccionéis, no para que os vayáis entibiando. El se ha dignado llamaros por medio de la gracia en la que os mantenéis firmes, es nuestro Salvador bueno y piadoso, el Hijo de Dios Jesucristo, a quien sea dado el honor y el imperio, ahora y por los siglos de los siglos eternos. Amén.

2. A LA BEATA DIANA DE ANDALO⁴ (agosto de 1234)

Fray Jordán, siervo inútil de la Orden de Predicadores, a la querida hija en Cristo, Sor Diana, le desea que su gozo sea colmado de gozo y su dulzura de dulzura.

⁴ La presente carta debió de escribirla el Beato Jordán a comienzos de agosto de 1234. Así lo cree WALZ en las páginas introductorias a la edición

Carísima: he sabido por tu carta la buena y grata noticia, el anuncio digno de todo aplauso de la canonización de nuestro Santísimo Padre, y tu gozo en el Señor por este motivo. Me alegro también yo y doy gracias a Dios.

Es verdad que no he podido estar presente en la fecha en que pedían mi ida, porque el mensajero del padre provincial me encontró en Estrasburgo en la víspera de la fiesta de San Sixto⁵.

Nosotros, sin embargo, conocida con anterioridad la noticia de la canonización de nuestro Padre, por medio de una carta de fray Raimundo [de Peñafort], que vive en la Curia romana⁶, así como también los frailes de Estrasburgo la habían recibido por carta de fray Godofredo, que está en la Corte [Pontificia]⁷; hicimos con alegría una solemne celebración en la antedicha vigilia de San Sixto, para honra de Dios y de nuestro Santísimo Padre, dando gracias al Hijo de Dios, que es admirable en sus santos y glorioso en todo y por todo. Ahora estoy pronto para salir hacia Lombardía y espero que en breve, acompañándome el Señor, te veré.

Sufro a causa de tu pie, que sé que te has lesionado; sé más cuidadosa, para que tanto con relación al pie, como con el resto de tu cuerpo te conduzcas con más atención. Saluda a las hermanas, a quienes según la exhortación de nuestro Padre San Agustín, deseo que lean infatigablemente los mandatos del Señor, los amen y cumplan eficazmente; y lo que adviertan de defectuoso en sí mismas, lo corrijan ayudadas por la gracia de Dios. Conserven lo que es recto, arreglen lo deforme, cultiven lo hermoso, mantengan lo sano, robustezcan lo enfermo, y guarden con perseverancia todo cuanto agrada al Hijo de Dios, tu Esposo, que es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

del Epistolario (MOPH, t.23, p.X). En esta edición se fundamenta nuestra traducción.

⁵ La conmemoración de San Sixto II se hacía el 6 de agosto.

⁶ San Raimundo de Peñafort fue uno de los capellanes y penitenciaros del Papa. Pueden consultarse numerosos estudios en torno a esta figura dominicana en *Escritos del Vedat* 7 (1977).

⁷ Fray Godofredo era penitenciario en la Curia papal. Cf. WALZ: MOPH, t.23, p.48.

III. ORACION DEL MAESTRO JORDAN A SANTO DOMINGO

Sacerdote santísimo de Dios, confesor admirable y predicador insigne, Santísimo Padre Domingo, hombre elegido por el Señor; en tus días agradaste a Dios por encima de todos los hombres, y fuiste amado por tu vida gloriosa en doctrina y milagros. Ante el Señor Dios nuestro, nos gozamos de tenerte por principal abogado.

A ti, entre los santos y elegidos de Dios, te venero con gran devoción, y grito desde lo hondo de este valle de miserias. Asísteme, te ruego, piadosísimo; cuida, clementísimo [Padre] de mi alma pecadora, desprovista de toda virtud y gracia, rodeada de muchas miserias, y apresada por lazos de vicios y pecados.

Cuida de mi alma miserable e infeliz, ¡oh santa y bendita alma del hombre de Dios! La gracia divina te enriqueció de este modo con su bendición, para que no sólo te elevaras tú al trono de paz, a la gloria celestial, sino que atrajeras a innumerables gentes a esa misma bienaventuranza, con tu vida digna de encomio, estimulando con dulces exhortaciones, instruyendo con grata doctrina, invitando con tu ferviente predicación.

Sé propicio, bendito Domingo. Inclina tu oído compasivo al deseo de mi súplica, que hago con devoción. Buscando refugio en ti, mi alma pobre y menesterosa se postra en tu presencia. En cuanto es posible a mi pobre mente, se esfuerza por presentarse enferma ante ti; te dirige su oración, según las posibilidades de un alma moribunda, para que con tus poderosos méritos y súplicas piadosas, te dignes vivificarla, sanarla y llenarla copiosamente con el don de tu bendición. Pues yo sé; lo sé muy bien, y estoy cierto de que puedes; confío en tu gran caridad, que lo quieres; espero también de la íntima familiaridad que tienes con tu muy amado Jesucristo, elegido por ti entre mil, que no te negará nada; por el contrario, obtendrás cuanto quieras de tu Señor y amigo. Quien es tan amado por ti, ¿qué podrá negar a su amado?

Tú, ya en la juventud, consagraste tu virginidad al hermoso Esposo de las vírgenes.

Tú, blanqueaste tu alma en las fuentes del bautismo, y enriquecida con el Espíritu Santo, la entregaste como esposa al castísimo amador de los que se conservan célibes.

Tú, ofreciste tu cuerpo como hostia viva, santa y agradable a Dios.

Tú, siguiendo la divina enseñanza, te entregaste totalmente a Dios.

Tú, instruido tempranamente en la disciplina regular, dispusiste en tu corazón los caminos de ascensión hacia Dios.

Tú, creciendo de virtud en virtud, adelantaste siempre de lo bueno a lo mejor.

Tú, una vez emprendido el camino de la perfección, dejaste todas las cosas, y siguiendo desnudo a Cristo desnudo, preferiste atesorar tesoros en los cielos.

Tú, negándote con rigor a ti mismo, y portando varonilmente tu cruz, te esforzaste por seguir las huellas de nuestro Redentor, y guía verdadero.

Tú, inflamado por el celo de Dios y por el fuego que viene de lo alto, por tu gran amor e intenso fervor de espíritu, te entregaste a ti mismo totalmente, mediante la profesión de pobreza perpetua, al ideal de vida apostólica, y a la predicación evangélica. Con tal fin, inspirado por Dios, fundaste la Orden de Predicadores.

Tú, iluminaste a la Santa Iglesia por toda la tierra, con tus gloriosos méritos y ejemplos.

Tú, liberado de la prisión del cuerpo, fuiste ascendido al reino de los cielos.

Tú, revestido con la vestidura de la inocencia bautismal, te acercaste ante el Señor para ser nuestro abogado.

Te ruego, pues, que vengas en mi ayuda y en la de todos nuestros seres queridos. Tú, que con tanto celo deseaste la salvación del género humano, ven en ayuda del clero, del pueblo fiel, y de las vírgenes y mujeres piadosas. Tú, después de la Reina de las Vírgenes, eres mi dulce esperanza y consuelo, y mi particular refugio. Sé propicio conmigo, y ven en mi auxilio. Sólo en ti me refugio. Sólo ante ti me atrevo a acudir. Me postro a tus pies. Te invoco suplicante como a protector mío. Te imploro, y me encomiendo a ti con devoción. Sea yo recibido y custodiado por ti. Dígnate, propicio, protegerme y ayudarme, para que por mediación de tu gracia, pueda yo recuperar la ansiada gracia de Dios, y encontrar en

él misericordia, y merezca alcanzar los remedios saludables para la vida presente y la futura.

Sí, sí, óptimo Maestro, así te pido que se cumpla, ínclito guía, Padre bueno, Santo Domingo. Así, te ruego, para que me asistas en todo. Sé para nosotros verdadero Domingo, custodio asiduo de la grey del Señor. Custódianos y gobiérnanos siempre; refórmanos a los que te estamos encomendados, y reformados, recomiéndanos. Preséntanos con gozo después de este destierro a tu bendito y amado Señor, el Hijo del Dios Altísimo y Salvador nuestro Jesucristo. A él sea el honor, la alabanza y la gloria, con la gloriosa Virgen María, y con toda la corte celestial por los siglos de los siglos. Amén.

Termina la devota oración del venerable Maestro Jordán, a Santo Domingo.

